

Revista de América

HAN COLABORADO EN ESTE NÚMERO

Los autores:

Aguilar

Arreguine

•Brocha Gorda•

Darlo

Diaz

Filcio

Fernandes Espiro

Gómez Carrillo

Jaimes Freyre

Malagarriga

•Marco Nerco•

Pardo

Reyer

DIRECTORES:

RUBÉN DARÍO

RICARDO JAIMES FREYRE

Revista de América

QUINCENAL, DE LETRAS Y ARTES

AÑO I

BUENOS AIRES, 1.º DE OCTUBRE DE 1894

N.º 3

RAFAEL NUÑEZ

Que sais je?

GL Pensador llegó á la barca negra
Y le vieron hundirse
En las brumas del lago del Misterio
Los ojos de los cisnes.

Su manto de Poeta
Reconocieron los ilustres lises
Y el laurel y la espina entremezclados
Sobre la frente triste.

A lo lejos alzábanse los muros
De la Ciudad teológica en que vive
La sempiterna Paz. La negra barca
Llegó á la ansiada costa. Y el sublime
Espíritu gozó la suma gracia.
Y ¡oh Montaigne! Núñez vió la Cruz erguirse
Y halló al pie de la sacra Vencedora
El helado cadáver de la Esfinge!

RUBÉN DARÍO.

LOS POETAS JOVENES DE FRANCIA

A LA REVISTA DE AMÉRICA.
E. G. C.

VI

CHARLES MORICE

CHARLES Morice fué el primero que trató de reducir á cánones doctrinarios las ideas de Verlaine y de Mallarmé. Sus estudios sobre el arte del porvenir están considerados por la crítica como la obra más seria que hasta hoy ha producido la juventud simbolista, y en ellos hay, según dicen algunos académicos, bastantes ideas para edificar una torre literaria que podría servir de baluarte á toda la juventud actual. Los poetas, sin embargo, no parecen hoy muy dispuestos á considerar *La Littérature de Tout à L'Heure* como un evangelio indiscutible. Más aun, desde hace tres años, Morice va siendo cada día menos admirado: sus antiguos compañeros lo abandonan y los adolescentes que vienen de provincia en busca de director espiritual, no llaman nunca á la puerta de su santuario. Tanto es así que cuando en 1890 un periódico dijo: «Los Sres. Dubus, Leclerc y Carrère han fundado una escuela literaria según los principios del Sr. Morice», los tres poetas protestaron con firmeza, asegurando que ellos no serían nunca discípulos de tal maestro. Luego Morice se ha ido retirando de las luchas juveniles, hasta llegar al aislamiento completo en que hoy vive. Su único consuelo es la confianza en el valor de la obra realizada y la seguridad de que los críticos doctos no han de dejar nunca de considerarle como el cerebro más robusto de la nueva generación francesa.

* *

Entre las teorías de Charles Morice, una sobre todo, merece estudio y glosa. Me refiero á la teoría de la sugestión universal. (1)

(1) Me parece oportuno resumir aquí las teorías literarias de tres escritores jóvenes cuyas siluetas no han podido entrar, por varias razones, en mi galería de poetas franceses. Esos tres escritores son: Remy de Gourmont, Louis Dumur y Em. Signoret. —Uno de los elementos del arte—dice el primero—es lo nuevo; elemento tan esencial que casi constituye por sí mismo

Según el autor de *La Littérature de Tout à L'Heure*, el verdadero genio del porvenir será el que logre dar vida á un poema

todo el arte y que sin él, el arte se desploma. Ahora bien; entre todas las teorías nuevas de que en estos últimos tiempos se ha hablado, sólo una parece nueva, y no nueva así como quiera, sino llena de novedad nunca vista y nunca oída: el simbolismo que en el fondo es la Libertad y aun la Anarquía. —Si: Libertad en arte cosa tan asombrosa que durante muchos años no será comprendida. Todas las revoluciones que hasta hoy han triunfado en literatura, se contentaron con cambiar las cadenas del cautivo y generalmente con ponerle cadenas más pesadas que las anteriores. Pero esas cadenas sólo pueden ser toleradas por el vulgo estúpido que, después de tirar del carro clásico, tiró del carro romántico, del carro naturalista, del carro parnasiano, del carro psicológico y del carro neomístico. —Si se quiere saber como el simbolismo, cuyo sentido parece tan estrecho, es en realidad una cosa muy libre, no hay más que poner atención en lo que es el idealismo, pues el primero es un hijo del segundo. —Idealismo significa libre y personal desarrollo del individuo intelectual en la serie intelectual; el simbolismo puede y debe ser considerado como el libre y personalísimo desarrollo del individuo estético en la serie estética; los símbolos que el poeta imagine ó explique, serán imaginados ó explicados según la concepción del mundo morfológica, mente posible para cada cerebro simbolizador. —De ahí nacerá un delicioso caos y un exquisito laberinto entre el cual ya veo á los profesores desorientados pidiendo por favor el hilo de Ariadna que nunca han de conseguir. —En cierto sentido, el simbolismo es un renacimiento de la sencillez y de la claridad, pero como á la vez pide grandes efectos á lo complejo, á lo obscuro, á lo «yo» de todas las ideas, nunca será un verdadero neoclasicismo. Uno siempre es complicado para sí mismo; uno siempre es obscuro para sí mismo; las clasificaciones y las simplificaciones de la conciencia, son obras del Genio; el arte personal—que es el único arte—es siempre incomprendible. Cuando se hace comprensible deja de ser arte para convertirse en un motivo de nuevas expresiones artísticas. —Esta manera de comprender el arte excluye á los artistas mediocres que no tienen nada de eterno en sus individuos. —Prácticamente es necesario que el simbolismo, arte libre, adquiere en la opinión general un respeto que hasta hoy se le ha negado; es necesario que el público tolere, junto á las formas conocidas, formas desconocidas; es necesario que no se arrojen fuera de los invernaderos literarios las plantas que nacen de semillas ignoradas. Pero al mismo tiempo es preciso no ha er ninguna concesión para conseguir el triunfo; los que deben mejorar para acercárenos son ellos, ellos que ganarán cambiando; nosotros sigamos quietos.

Louis Dumur es menos filósofo que Remy de Gourmont. También es menos violento. Sus ideas, que en el fondo contienen los gérmenes de una gran revolución poética, no aparecen á primera vista sino como la base de un ligero cambio retórico. He aquí algunos fragmentos del prefacio de *Lassitudes*: «—¿Qué es la poesía?—Una cadencia. —¿Una cadencia cualquiera es poesía?—Sí. Basta que una cadencia cualquiera sea perceptible al oído. En el lenguaje hay dos cosas que pueden ser musicales: las sílabas y los sonidos. Las sílabas pueden ser musicales de tres maneras: por el número, por el acento tónico y por la duración. Los sonidos son musicales por la asonancia de vocales y por la consonancia de consonantes. —Hasta hoy los versos franceses han consistido siempre en una cadencia de sílabas por el número, combinada con una cadencia de sonidos, que es la rima. Los versos germanos y eslavos están contruidos principalmente sobre la cadencia de las sílabas por el acento tónico. Los versos antiguos tenían la cadencia de sílabas por la duración. —El francés, que es el idioma en el cual se pueden quizás practicar todas las cadencias, es al mismo tiempo el que menos se ha atrevido á hacer. Desde el tiempo de Matherbe nos hemos contentado con contar las sílabas para terminar cada verso con una asonancia; esta combinación no ha cambiado en tres siglos á pesar de mil luchas literarias y á pesar de las combinaciones que podrían ensayarse. Mis versos tienen acentos tónicos. El acento tónico cae en la última sílaba de las palabras agudas y en la penúltima de las graves. Las palabras que tienen más de dos sílabas tienen un segundo acento en la primera sílaba. —La cadencia por el acento tónico se forma—á ejemplo del inglés, del alemán y del ruso—de pies, y en particular de pies yámbicos y anapésticos.»

Emmanuel Signoret no se parece ni á Remy de Gourmont ni á Louis Dumur. Su cerebro es menos robusto

cuyos capítulos estén, al mismo tiempo, muy separados y muy unidos entre sí; tan separados, que cada una de sus líneas exprese una idea ó evoque una imágen independiente de las demás imágenes; tan unidos, que produzcan en la mente del lector una sensación indivisible de grandeza sintética. —Así, la obra maestra del futuro Siglo de Oro ha de ser muy complicada y muy sencilla, muy cerebral y muy poética, muy obscura y muy clara. En ella habrá una parte enteramente directa, que los hombres podrán leer como si fuese un florilegio de máximas ó una antología de estrofas cortas. Pero esta parte no estará al principio, al medio ó al fin del volumen, sino en todos los capítulos y lo mismo en la primera que en la última página. Tampoco estará sola, porque entonces nadie querría ver en sus versículos un poema secular. Junto á ella, ó, mejor dicho, en ella misma, habrá una fábula «seguida» como el argumento de las novelas románticas.

Y eso que tan fantástico debe ya parecer

que el del primero y su erudición es menos vasta que la del segundo. Su alma, en cambio, es más apasionada, más revolucionaria y más violenta que la de ambos. El no se satisface con cambiar las leyes gramaticales y el gusto general, sino que quiere también revolver el mundo de las ideas y de las creencias. Es un místico, un profeta, un evangelista, un orador y un maestro de escuela. — todo en una pieza. Cuando habla es porque desea hacernos saber algo nuevo. —He aquí la parte fundamental de su programa literario: «En nuestro lirismo familiar, hemos hablado de luchas entre Nuestra Señora de París (arte católico) y el Partenón (arte pagano). El Partenón proyectó su sombra sobre nuestras adolescencias. En el azul radiante de nuestros primeros ensueños, temblaron vagamente las alturas del Olimpo. Nuestras cunas fueron mecidas por la voz de las selvas griegas. —Admiradores de la Edad Media, nosotros sentimos en el fondo de nuestro ser un alma moderna; discípulos de Jesús, nuestra sangre es siempre la misma. A pesar de todo, los jóvenes católicos tenemos que ser grecolatinos. —Si, grecolatinos por la raza, por la cultura ó por el temperamento. Yo soy el discípulo de Cristo que, habiendo visto á Platón, ve pasar ante sí el alma de dos razas. —Pero también católico, porque Cristo no se hizo hombre para abolir el ideal antiguo, sino para completarlo y para consagrario. El olivo de Pallas florece de nuevo en el huerto de Nuestro Señor. Cuando el viento de la barbarie sopló en el mundo, los religiosos católicos salvaron, en el arca de sus claustros, las obras maestras del genio pagano. El fuego de las Vestales no se ha apagado, sino que sigue brillando en los cirios eclesiásticos. Yo soy de un país en donde el culto de la Venus de Arles se confunde con el de María Santísima, en donde los poetas cantan la Navidad en estrofas de corte pagano, y en donde los sacerdotes griegos se vistieron con trajes episcopales. —Santo Tomás es hijo de Aristóteles y Dante de Virgilio. Toda la bella antigüedad sirvió para preparar el divino Catolicismo. La Iglesia consagró esta unión empleando la lengua del Lacio pagano en sus liturgias místicas. Yo soy, pues, un romano bautizado.»

Junto á estos tres lampadarios, de tres ritos distintos, podrían colocarse otros muchos predicamentos estéticos que hoy comienzan á desvivirse por el triunfo de sus evangelios. Yo me contentaré con citar á Hugues Rebell, prosista y poeta, que después de haber alzado á los dioses del Norte, ha convertido de pronto en el más ferviente panegirista de las divinidades meridionales.

á los poetas de hoy, no ha de ser sino el principio de la estética de mañana, pues además de los dos sentidos superpuestos, solidarios é independientes, la obra futura ha de reunir otros requisitos secundarios que, siendo infinitos, pueden, sin embargo, compendiarse en uno sólo: la universalidad. —Universal, en efecto, el poema debe serlo tanto por el fondo como por la forma. De lo contrario, tendría que parecer local, y el localismo es odioso en sus relaciones de tiempo, de lugar y de idea.

El poeta, en resumen, tiene que hablar consigo mismo de la manera siguiente, antes de emprender trabajo ninguno:

—¿Cuáles son los más grandes siglos de la historia literaria?

—El de Pericles, el de Alejandro, el de León X, el de Felipe IV, el de Luis XIV, el de Voltaire y el de Wagner.

—¿Cuáles son los más bellos sentimientos de la tierra?

—El griego, el latino, el indico, el francés, el inglés, el alemán, el italiano, el español, el escandinavo, etc.

—¿Cuáles son las mejores escuelas filosóficas?

—La espiritualista, la materialista, la positivista, la experimental, la optimista y la pesimista.

—¿Cuáles son las más grandes artes humanas?

—La poesía, la pintura, la escultura y la arquitectura.

—¿Cuáles son las más grandes preocupaciones del hombre?

--El amor, el odio y la muerte.

--¿Cuáles son los mejores libros?

—La Iliada y la Imitación de Jesucristo.

—¿Cuáles son las mejores religiones?

—El catolicismo, el paganismo, el budismo, etc.

—Segun eso, ¿cuál sería la mejor obra humana?

—La que fuese una evocación de todos los siglos, de todas las religiones, de todas las artes de todos los sentimientos, de todas las ideas y de todos los genios.

—¿Y cuál es el arte que puede realizar tal obra?

—La poesía, que pinta, que esculpe, que edifica, que medita y que vibra á un tiempo mismo.

—Entonces.....

—Entonces es necesario trabajar.

—Pero ¿y cómo?

—Con las ideas y con las palabras.

—¿Y las palabras bastan acaso para expresarlo todo en un mismo libro?

—No, pero bastan para sugerirlo todo.

—Según eso, la poesía debe ser ante todo sugestiva.

—Sí, sugestiva ante todo.....



Lo malo, dirán mis lectores, es que ese programa ha de ser siempre una utopía estética ante cuya grandeza los potas retrocederán espantados hasta la consumación de los siglos.

Yo me contentaré con responderles que Charles Morice prepara hoy una obra en la cual podremos ver realizada dentro de algunos años, según él cree, la bella fórmula del arte sugestivo y universal.....

VII

ERNEST REYNAUD

Cuando Paul Verlaine hubo publicado sus cuatro libros esenciales, varios poetas jóvenes buscaron en ellos la nueva ruta de Damasco. Unos creyeron encontrarla en la inquietud majestuosa de *Poemas Saturniano*: esos fueron los «neo-parnasistas»; otros en el ardor inefable de *Cordura*: esos fueron los «místicos», y otros en la fantasía contradictoria de *Paralelamente*: esos fueron los «sacrilegos». Sólo las *Fiestas galantes* quedaban aún sin imitadores, y ya la crítica comenzaba á decir que la perversidad encantadora del Gran Sacerdote moderno no podría nunca encontrar rapsodas hábiles, cuando un amigo de Maurice Du Plessys y de Anatole Baju dió á luz un libro de versos cuyo título hizo, desde luego, pensar en el artista de *Claro de luna y de Citeres*.

El libro se llama: *Los cuernos del Fauno*. Su autor: Ernest Reynaud.



El «fauno», de Ernest Reynaud, no es el adolescente perezoso, reflexionador y metafísico, que sueña con ninfas invisibles en las llanuras sagradas de Mallarmé, sino la divinidad ágil, irónica, tierna y casi obscena, que sonríe en los zócalos de mármol griego mientras Dafnis y Cloe ponen en práctica las lecciones del viejo hortelano, que corre en los cuadros de Watteau detrás de las marquesas empolvadas, y que se pasma entre los versos de *Coquillages* contemplando la forma sugestiva de algunas conchas marinas. Él no sabe filosofía, y dice:

«Quiero glorificar á esas ninfas; tan claros son sus encarnados ligeros que flotan en el aire, adormecido por ensueños frondosos. ¿Amaba yo un ensueño? Mi duda, unión de noches antiguas, acaba en varias ramas sutiles que, siendo los verdaderos bosques, prueban ¡ah! que yo sólo me ofrecía para triunfar la falta ideal de las rosas.....»

Su ignorancia no percibe la diferencia que hay entre el mundo interior y el mundo exterior, y, en realidad, ni siquiera sabe lo que es el mundo; pero sabe otras muchas cosas, y es delicioso. Cuando salta por los matorrales de un parque, siguiendo con el olfato, la huella de las visiones carnales, parece un efebo primitivo, y cuando dice sus inquietudes juveniles, hace pensar en un eco de flautas áticas, tocadas por artistas sutiles del siglo XVIII.



Reynaud, como Verlaine, ha sabido mezclar de una manera exquisita el naturalismo de las faunalias griegas y la artificiosidad de las fiestas á lo Luis XV, para hacer, con esos dos elementos opuestos, una quinta esencia poética que huele á tomillo y á polvos de arroz. Sus ninfas son porcelanas de Sévres animadas por Praxiteles. Sus escenarios rústicos producen la impresión de un jardín del Olimpo, cuyo propietario fuese Francisco Bou-

cher. La luz que ilumina sus creaciones no tiene de helénico sino la brillantez, porque en realidad procede de un cielo pálido y tibio, del cielo de la Isla de Francia.

Ved, por ejemplo, este paisaje de acuarela, lleno de melancolía, lleno de gracia, cubierto de claridades autumnales, é impregnado de perfumes enervantes:

«A la hora en que el cielo que va á morir se tiñe de oro ligero, el antiguo parque cuyos sitios comienzan á ablandarse no tiene más emoción en el flujo y reflajo doliente de las cosas, que el ruido de una hora que suena á lo lejos. Al borde del lago exánime, en flores de jacinto, un templo en donde el amor de yeso ya no existe, se entristece (¿el cuya gloria llegó á la cúspide!) de que los tiempos hayan cambiado tan luego. Cerca, bajo unos árboles bajos que se destiñen, un fauno, niño bastante enfermizo, se inclina aún bajando el labio que besó la flauta de madera. Viendo que el día por completo lo abandona, el templo, con su fría imagen en el agua, se hunde más profundamente en su tristeza.»

.....Sin duda esto es pagano, moderno, artificial y decadente por la forma; pero también es algo más en el fondo; algo más, que es eso mismo combinado, fundido, fermentado, lleno de gusto original, cubierto de vapores misteriosos, hecho vino nuevo, en fin, y substancia rara.



Otra de las cualidades del fauno de Reynaud, es la «humanidad». Él no ríe siempre á imitación de los faunos de los bajos relieves, ni corte sin descanso como los semidioses de las aguas fuertes, sino que cambia de vidas, de aficiones y de costumbres, lo mismo que el hombre verdadero. ¿Será esto un símbolo por medio del cual el poeta haya querido presentarnos un microcosmos artístico del universo del amor? Yo creo que sí, y hasta me atrevo á ver en las metamorfosis del capifede una leyenda secular que contiene el doble cuadro de las almas que se consagran al goce. Primero los deseos, las ansias, la careajada

y el triunfo; luego el cansancio, la nostalgia, los dolores y las lágrimas.



Ya que hemos oído el fauno durante su primera época, cuando aun no sabía más que recorrer los senderos floridos cantando himnos de lujuria instintiva, oigámosle de nuevo á la entrada de la decrepitud.

Está más pálido. Ya no salta. Ya no grita. Sus labios parecen menos sensuales. Sus piernas son menos ágiles. En sus pupilas no brilla el fuego ligero é irónico de antaño... A primera vista casi no parece el mismo.—Habla así:

«Yo fui durante largo tiempo un fauno habitador del follaje, que viví entre flores en un parque abandonado, en donde espíaba con mis ojos de mármol, siempre en admiración, el vuelo de alguna ardilla frágil ó de una nube.—.....Cuando yo abdicaba de ti ¡oh Eudora! era para, en el claro de luna en que se desangra una mándora, asumir la palidez de tu cimodocca. Otras veces con la piel hormigueante de lujurias, también me entretenía con la flor de Carmen, pegada al oro de mis heridas.»

La voz es triste, pero es la misma. ¡Pobre fauno!..... Su cuerpo ha cambiado; su vigor ha muerto y su alegría está agonizando. Lo que no cambia nunca, es su alma ligera é instintiva, su carácter franco, su sinceridad ingenua, su gracia obscena, lo suyo, en fin, lo que sólo á él le pertenece y lo que ninguno de sus hermanos literarios tiene: la vida.

VIII

STUART MERRILL

El poeta de los *Fastos* y de las *Gamas*, podría decir, lo mismo que el prosador de *Ebriedad verbal*: «Las palabras me han proporcionado goces tal vez más numerosos y más decisivos que las ideas, goces en ocasiones prosternantes, como los del Boër que, apacentando su rebaño, encontrara una esmeralda cuya sonrisa verde sobresaliese entre las piedras del camino; goces infantiles tam-

bién, cual los de una niña que juega con los diamantes de su madre y cual los de un loco que se embriaga al oír el sonido de los hierros encerrados en su caja; porque la idea es una imagen y la palabra es una palabra. También podría agregar: «Las voces que más me gustan son aquellas que tienen algo de luz, algo de niebla y algo de vida.»

En efecto, Merrill ha heredado de sus abuelos los parnasianos, el amor fanático de las palabras sonoras y de las frases artísticas. Según él, las sílabas que forman una línea no son bellas por la idea que representan ó por la imagen que evocan, sino por la vibración individual que las letras de que se componen hacen brotar al enlazarse entre sí ó al chocar unas con otras. Así, sus estrofas son, como la enamorada del poeta clásico, hermosas y frías. En ellas casi no hay emoción, casi no hay alma, casi no hay pensamiento; pero en cambio, hay luz, color y armonía. A veces parecen mosaicos cuyas figuras majestuosas representan imágenes vagas, y á veces tienen algo de esas tapicerías sobre las cuales los seres legendarios viven en silencio sus vidas hieráticas. Siempre son perfectas.



«En cascos de cristal de azur, las bailarinas, en cuyos pasos, medidos por las cuerdas de los kinos, sueñan bajo los tejidos de tules cubiertos de oro, y lo llenan todo con sus ojos pálidos de *paladinas*. Cabelleras bien peinadas; labios encarnados; brazos llenos de brazaletes bárbaros; en vuelos que tienden hacia la luz lunar de las decoraciones, ellas murmuran en malévolos cuchicheos: «Nosotras somos ¡oh mortales! bailarinas del Deseo, Salomé, cuyos cuerpos, retorcidos por el placer, atraen vuestras horas de amor hacia nuestros perversos arcanos. Prosternaos y celebradnos estas noches, porque, surgiendo en auroras de incensarios, sobre nuestros címbalos haremos sonar vuestros cráneos.»

Estos versos parecerían enteramente parnasianos, á no ser porque en ellos se nota un

ligero soplo de inquietud misteriosa, que da á las formas conocidas cierto aspecto de novedad extraña. Y lo mismo que de éstos podría decirse de casi todos los demás versos de Merrill. Leed los *Héroes*, la *Sombra*, el *Palacio Desierto*, la *Cabalgata* y el *Ídolo*; leedlos con despacio, y reflexionad en seguida. La impresión que la forma producirá en vosotros, será exquisita y pasajera: los hemistiquios sonarán algún tiempo en vuestros oídos con ritmos deliciosos, y durante varios instantes vuestra retina conservará el recuerdo de los caballeros soberbios y de las ninfas encantadas que atraviesan las estrofas al compás de una marcha sonora.... Luego, cuando el eco se apague y las visiones se desvanecan, ¿qué podréis guardar en memoria del poeta?.... Nada: ni una lágrima, ni una sonrisa, ni siquiera la sombra de un estremecimiento.



Las únicas ocasiones en que Merrill consigue producir sacudimientos en el alma del lector, es cuando, en vez de escribir los mirajes del ensueño propio, se consagra á dar forma rápida á los panoramas de otros poetas. Sus dos sonetos wagnerianos, *Parsifal* y la *Cabalgata de las walkirias*, son tan bellos por la esencia como por la forma. En ambos hay más que aliteraciones sabias y más que choques de rimas de oro; en ambos hay sensación de cosas que están más allá de las palabras, y de las cuales el verso sólo puede dar una idea lejana.

He aquí *Parsifal*:

«¡Gloria al loco Parsifal, guardián del Santo Grial y Rey de Montsalvá! tres veces gloria y victoria», y lentamente la alcluya resuena por el oratorio en un sonoro velo hacia el trono ideal. De rodillas, en el suelo de mármol, Parsifal adora, en coraza de oro, héroe virgen de historia, el rubí que brilla (¡oh signo expiatorio!) en las pálidas paredes del Vaso de cristal. De la bóveda en donde duermen ecos de órganos y de salmos, una paloma, entre nimbos de altos reinos, cae, en su vuelo abierto, sobre el casco del

Rey. ¡Sombra!.... Pero una vidriera refleja su púrpura en las estolas de los caballeros enternecidos por la emoción. Y ¡oh! entonces se oyen cítaras.....»

¿No es verdad que estos catorce versos contienen toda el alma de Parsifal? Yo, al menos, creo ver en ellos la imagen mística é inefable del héroe que supo vivir intensamente no contemplando sino la mancha encarnada de la sangre de Cristo en el fondo de la Copa Santa.



Para concluir, diré que Merrill, como poeta, no está de acuerdo con Merrill como doctrinario, y que si el primero hace generalmente versos fríos y hermosos, el segundo no deja nunca de predicar la emoción y la fe. Su próximo libro, según él lo asegura, ha de ser menos decorativo y más apasionado que los dos primeros.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

LA VEJEZ DE VENUS

LOREN los vientos en tus diáfanos tules,
Las brisas giman en tus hondos barrancos!
¡Oh mar de Jonia de las aguas azules!
¡Oh Paros, cuna de los mármoles blancos!

Venus la olimpica, la inmortal de Citeres,
La que perdiase en las sombras del monte,
Cuando llamábala á los blandos placeres
Entre las rosas el cantar de Anaereonte.

Ya disipados sus antiguos amores,
Como las brisas inconstantes y leves
Jóvenes busca de su gracia cantores,
Suelto el cabello del color de las nieves.

Amó de Joven á los viejos poetas,
Cifó sus frentes de jazmines y nardos,
Y en el ocaso, cual rival de sus nietas,
Habla de amores á los débiles bardos.

VICTOR ARREGUINE.

BUENOS AIRES PINTORESCO

EL RIACHUELO

ARROYO MACIEL.—ISLA DEL RECREO

A D. Enrique de Vedia

LA primavera! ¡Los días tibios, las flores frescas, las telas claras, los tules diáfanos, el calor en la sangre, la vida en los ojos,

la lucidez en el espíritu! ¡La primavera! Las mujeres embellecidas como la naturaleza, los rostros juveniles animados por el carmín de misteriosas voluptuosidades, el aire nutrido del polen de la vida universal, la mente predispuesta á los *impromptus* del ingenio y el sol riendo desde su magnífico dosel de turquesas, que se obscurece en el crepúsculo y se recama de pedrería al entrar de la noche.

¡Cómo hincha el Plata su inmenso seno en curvas que decrecen en las penumbras lejanas! ¡Qué risueño el *Riachuelo* en donde las grandes y pequeñas embarcaciones parecen espejarse, saludándose entre sí al acompasado balance de las ondas suaves!

Entre altas proas y abundosas popas, entre cadenas de anclas y espías de cables fijos en las argollas del muro, se agrupan cerca de la estrecha y larga escalerilla pendiente del malecón, lanchas y botes endomingados con sus mejores cojinillos, sus toldillas de colorines flecados, su bandera burlaburlando al asta, los remos cabalgados á la orquesta bañando sus palmas en el agua, todo entre la alegre charla, las disputas vivas, la pintoresca reyerta de los lancheros que se recomiendan ellos mismos á los llevados por el espectáculo hasta el plano del muro, brindándoles deleitosos paseos acuáticos por la ancha y prolongada avenida formada por los huques, que, como en el redil las ovejas, se apiñan, apartan y superponen en movimiento continuo.

Mézclanse edades, trajes, sexos, esbeltos talles, carnudos bustos, sencillas faldas, tocados con rosas, con cintas, con plumas multicolores; conjunto alegre que, las manos asidas á la barandilla, pone el inseguro pie en los estrechos tramos y descende entre risas y dichos, haciendo con los hombres que, so color de galantería, llegan primero para mirar de abajo, lo que la Galatea de las églogas, ocultarse luego, deseando que antes de que se oculten, ellos vean.

Obreras de los talleres, muchachas de escritorio y de trastienda, inmenso número de ejemplares del Buenos Aires laborioso que llena los anaqueles de las grandes casas con ropa blanca y confecciones y ajueres y trajes

y gorras y corbatas y sombreros y guantes; las de penosa labor en prendas burdas á tanto la docena para los bazares que visten al ganapán y al jornalero; toda la clase, en fin, en hombres y mujeres que ocupa en el edificio social el entresuelo, teniendo arriba á la aristocracia, y algo más cerca, los sótanos en donde arraiga y vegeta la capa gruesa del pueblo soberano.

Esa que escatima el alimento para el ahorro y roba al sueño para el trabajo; esa máquina toda la semana, es gente el día domingo. Cuelga el delantal y la falda recosida de los días comunes, desdobra con amor el traje de las fiestas, desprende la hoja diaria que resguarda el sombrerillo adornado con violetas ó trébol ó espigas doradas, y cantando como quien nada debe y todo lo espera, se engalana, se reúne en familia ó con amigos, corre al puerto y descende al bote entre sonrojada y gozosa, viendo el efecto que causan el sexo fuerte las muestras de salud, de juventud y, sobre todo, de limpieza apreciadas merced á la casi involuntaria enseñanza de la Galatea.

Como ramas del tronco desprendidas, se apartan las lanchas de la escala colgante y se dejan llevar con diverso rumbo sobre las ondas al acompasado empuje de los remos. Ruido armonioso de voces y risas juveniles; exclamaciones de sorpresa por ésto y por aquello; un enorme vapor que luce en rigurosa fila las celosías de sus camarotes y las lumbrias de su elegante cámara; un barco de guerra que dirige la obscura boca de sus cañones al transeunte; cubiertas, castillos, escalas, todo reverbera de limpieza; los centinelas, puestos de gala, se pasean arma al brazo; el silbato imparte órdenes, la campana pica la hora en la usual forma de á bordo y acaso la banda militar divierte á los altos visitantes sentados á la mesa del comandante. Un vaporcito, dos, tres, surcan reseplando rápidamente, remuévense las aguas, produce el hélice hirviente estela y las lanchas se balancean entre los gritos y las risas de los tripulantes.

Allá en el fondo se presenta la embocadura que une el Riachuelo al Plata. Algunas velas le forma y tamaño varios, dibujan su silueta

en el horizonte. Penachos de humo que extienden su obscura faja en el cielo, denuncian la entrada y salida de los vapores, y al través de la boca el agua de ese mar dulce, inmenso, toma reflejos blanquecinos que justifican su abolengo.

La alegre parvada deja la solemnidad del espectáculo, pues lleva demasiado entusiasmo en el corazón y muchas ilusiones en la mente para entregarse á contemplaciones artísticas y filosóficas, y vira á babor tomando por entre buques cargados de leña, de naranjas, de carbón, la embocadura pintoresca del arroyo MACIEL.

A la izquierda, las grandes construcciones para talleres á vapor de la Platense: todo industrial; sobre sus ovaladas techumbres se lee á gran distancia: *General Rapir Wortes*. A la derecha una escala tendida en el declive mural de la orilla, un arco, entrada rústica, coronado por banderas, follaje por detrás y á los costados y en enormes caracteres: *The cosmopolitan — All kinds of liquors*.

El agua pierde sus ondas y se torna tranquila, tersa, límpida como el espejo. Casi sumergidos aquí y allá, restos de balandras, lanchas y embarcaciones menudas. El arroyo se ensancha, se estrecha, serpentea, se interrumpe y abre en remanso, orlado en ambas orillas por bosques de juncos, matorrales, arbustos, trepadoras. Copudos sauces forman á los costados espesa colgadura, bañando el extremo de sus ramas y reflejando su sombra gigantesca en el agua.

Los remos empujan á compás; los botes se deslizan; los panoramas cambian; la vegetación crece y se modifica; lo agreste deja lugar á la obra humana, el verde de las copas se matiza en todos los tonos, y al volver de un recodo surge de orilla á orilla, aéreo, fantástico el puente colgante, detrás la cabaña, al costado derecho los tablones cultivados, al izquierdo armonías musicales, murmullos, vida, movimiento, olvido, alegría.

Las embarcaciones se apiñan en abanico en el desembarcadero. Pasan ellos los primeros

de tabla en tabla desdeñando el balance y saltan en tierra despreocupados como que no hay cobardes, flojos ni pesados cerca de las mujeres jóvenes. A su vez se animan éstas, se aligeran, coquetean al saltar.

El calor de sangre aviva los ojos, entrojece labios y mejillas, desprende de su ser emanaciones voluptuosas, no semejantes á perfume artificial alguno, y suspirando de bienestar, ponen la planta en la tierra del RECREO que, para ser la mansión del pecado original, no le falta lo aménísimo, sin fieras, ni alimañas, ni hojas de parra y con gentes que no ignoran ya a lo que sabe la famosa «no sé si manzana ó breva» de Bretón el regocijado galano y fácil poeta de la generación que no ha dejado herederos.

Lo primero, el despacho, entre figón y botillería; mostrador largo y estrecho, anaqueles cargados de frascos empolvados y no por el tiempo; en el fondo la cocina que ofrece excelentes tallarines y pollos saltados *á la minuta*. Al lado opuesto un pabellón que proyecta su teja vana en el espejo de las aguas y ostenta arraigada mesa de tablas y bancos al natural.

Agreste arco de follaje y trepadoras abre paso á la terraza cubierta en esqueleto, hojarasca en la techumbre, fronda á la derecha y macizos de magnolias á la izquierda. Un seto de mimbres y enredaderas lo separa de la tortuosa senda que entre zarzales conduce al interior de la isla y de la cabaña renegrida que se levanta sobre estacas, y en cuyas ventanas azoman frescos, juveniles rostros contemplando á las gallinas que escarban aquí y allí, convocadas por el gallo, mientras dormita sobre sus pitas delanteras el fiel guardián de la casa. Allí los bancos, las mesas alternan en tamaño y figura, es el sitio para quienes no buscan soledad ni necesitan misterio.

Trera de la terraza se extiende el llano musgoso entre copudos gigantesco árboles que procuran sombra y asidero á los columpios de primera mano. Las muchachas se suceden en ellos, los varones extreman su galantería para mercedlas, el aire hace el resto. Los pabellones rústicos no escasean tampoco

en este paraje circundado en bajo por el arroyo. Una cancha de bochas recrea á los flemáticos sajones. Una orquesta de guitarras y bandolines divierte á los peninsulares que multiplican estudiantinas. Un arpa, un violín y una flauta de músicos ambulantes ejecuta sin misericordia á *Fra Diavolo* ó remeda la danza de las horas, de *Gloconda*.

Sobre el puente colgante de alambre en cables, con piso de tablones, se balancean los chuscos y los graciosos, mortificando á los que buscan el paso para la isla fronteriza y sus cabañas sus almácigos, sus cultivos de hortaliza de variado verde, desde el esmeralda al verde mar y al verde umbrío.

Entre matorrales y sauces llorones en los declives del barranco que lame el arroyo, ocultos por arbustos y ramas, despachan las provisiones de la cesta con tanta boca abierta puesta á un costado, parejas de amantes ó de novios; matrimonios sin hijos, divorciados por el trabajo los días ordinarios y unidos en luna de miel los domingos.

Un botecito de los más coquetones, pretensioso desde el remero á la toldilla, se desliza debajo del puente y pasa á un recodo lejano de la isla.

El velo disimula las facciones de la viajera, cuyo elegante traje, irreprochable sombrero y largos guantes sujetos por brazaletes lucientes, denuncian á la modista del gran mundo. Su compañero, que se recata para ostentar, frunce el ceño en los encuentros, retuerce los bigotes con la mano enguantada y dirige miradas de soberano y dispensador de gracias. Piratería, mercancía de contrabando, exóticas plantas de conservatorio que no arraigan en la naturaleza libre, franca y espontánea hasta en sus malezas....

¡Ay! ¡La vuelta!... Es el día que se acaba la dicha que pasa, la ilusión que vuela, el trabajo que llega, la lucha en armisticio que se reanuda inflexible como el destino, hasta que nuestras vidas, que dijo Jorge Manrique, como los ríos que van á dar á la mar, que es el morir, vayan como la grande a, el poder, los señoríos á *se acabar y consumir*.

CASTALIA BÁRBARA

Para Salvador Rueda

I
UN Dios misterioso y extraño visita la selva;
 Es un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.
 Cuando la hija de Nhor espoleaba su negro caballo,
 Le vió erguirse de pronto á la sombra de un añoso fresno,
 Y sintió que se helaba su sangre
 Ante el Dios silencioso que tiene los brazos abiertos

II
 De la fuente de már en los bordes sagrados más tarde,
 La Noche á los Dioses absortos reveló el secreto;
 El Águila negra, y los Cuervos de Odín escuchaban
 Y los Cisnes que esperan la hora del canto postrero.
 Y á los Dioses mordía el espanto
 De ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

III
 En la selva agitada se oían extrañas salmodias;
 Mecla la encina y el sauce quejumbroso viento;
 El bisonte y el alce rompían las ramas espesas
 Y al través de las ramas espesas hufan mugiendo;
 En la lengua sagrada de Orga
 Despertaban del canto divino los divinos versos.

IV
 Thor, el rudo, terrible guerrero que blande la maza
 Y en sus manos es arma la negra montaña de hierro,
 Va á aplastar en la selva, á la sombra del árbol sagrado
 A ese Dios silencioso que tiene los brazos abiertos,
 Y los Dioses contemplan la maza rugiente,
 Que gira en los aires y nubla la lumbre del cielo.

V
 Ya en la selva sagrada no se oían las viejas salmodias
 Ni la voz amorosa de Freya que canta á lo lejos;
 Agonizan los Dioses que pueblan la selva sagrada
 Y en la lengua de Orga se extinguen los divinos versos.
 Sólo, erguido á la sombra de un árbol
 Hay un Dios silencioso que tiene los brazos abiertos.

RICARDO JAIMES FREYRE.

LOS TEATROS

A PROPÓSITO DE "PAPÁ LEBONNARD"

Á Rubén Durio.

Se acuerda V. de nuestra salida del Politeama, donde habíamos ido á admirar á Novelli, magistralmente encarnado en el *Papá Lebonnard*. Usted había asido una solapa de mi sobre-todo, exclamando, á propósito de cierto detalle típico que yo le señalé:—Asistió V., entonces, al estreno del *Papá Lebonnard* en el Teatro Libre?

—Mejor que eso...
 —¡Diablo! es como un bibliófilo que dijera: Mejor que una edición *princeps*, que un coleccionista que afirmara: Mejor que un grabado anterior á la escritura. Luego, de pronto: Ya sé, exclamó: ¿Usted ha leído el manuscrito de la pieza, antes del estreno?

—Exacto. Los ojos de V. se animaron. He aquí la cosa sencillamente.
 He conocido mucho á Jean Alcard, hoy presidente de la Sociedad de Literatos.

Jean Alcard habita una pequeña casa de campo, en la Garde, cerca de Toulon, en plena campaña; una casa dorada por el sol de Mediodía y tapizada con libros, cuadros y jeroglíficos de hombres célebres. Ahí escribió una parte de su obra *Papá Lebonnard*, aceptada con encomiendas por la Comedia Francesa, representada en seguida *chez Antoine*. La otra parte fue escrita en la villa Saint Pierre, en San Rafael, cerca de la *Casa cerrada* de Alfonso Karr.

San Rafael está situado á dos pasos de Cannes y de Niza. Es un pueblo minúsculo, todo lleno de sol, engalanado y alegre, que baña el Mediterráneo. En la época ya lejana en que Alfonso Karr, jardinero en Niza, vino á instalar ahí sus penates, San Rafael no era más que una simple aldea de pescadores. Algunas cabañas negras, ahumadas, dormían al ruido rítmico del mar, viéndose en todas partes redes en compostura, barcas ballando sobre el agua ó arrastradas sobre la arena.

Hoy se ve que la gloria de Alfonso Karr ha irradiado sobre ella. Las cabañas agrietadas y muchas invadidas por el moho, han sido restauradas, limpiadas, blanqueadas. Como su ropa, los pescadores han pasado también sus chozas por la legía. A derecha é izquierda, adelante y atrás, San Rafael ha visto elevarse, en medio de pinos y mimosas un millar de nidos lujosos, villas elegantes, y los más célebres artistas de París colocan allí su tienda de *villégiature*. Alrededor de San Rafael Va leseure, Saint Aygulf, Boulouris, paisajes pintorescos, barrios de salud, que resuenan con el campanilleo de la gloria. Sarah Bernhardt, Rechemberg, Julio Barbier, Carlos Duran, etc., han hecho edificar un elegante apedero. Gounod, Ch. Monselet, J. Alcard y muchos otros, dejaban descansar allí sus cerebros fatigados por los trabajos artísticos.

Es ahí, al borde del agua, donde he conocido á Alfonso Karr. Una casita de la cual sobresale apenas un extremo del techo en medio de un sinnúmero de árboles y plantas, de una exuberancia tropical, un muro lleno de grietas, rajado, tapizado de enredaderas, y al lado de una puerta rústica una chapa ovalada en la que se lee: *Maison Close*. Ni casa, ni «villa», una simple casita, casi una choza. Pero ¡qué atmósfera embalsamada, qué orgía de perfumes, qué arreglo de buen artista! Al lado de la casa cerrada, la «villa Marina» habitada por la hija de Alfonso Karr, Mme. Leon Bouyer, con su marido y sus hijos. A tres pasos, á la orilla del mar, un pequeño puerto donde se meten dos botes: «Susanne et Violottes» y «Fernando». Son los nombres de sus nietos. El autor de las *Acteas* está siempre ahí, en la *Casa cerrada*, en medio de un montón de flores, ó de un montón de libros y papeles. Porque la casita y el Jardín están en el mismo punto. Alfonso Karr lee, escribe, jardinea ó pesca. Su vida está limitada á ese rincón de tierra y á ese pedazo de océano.

Hace diez años ya, á mi llegada á San Rafael, iba á pasar por el lado de la *Maison Close*, en simple peregrinación literaria. No olvidaré jamás mi primera impresión. Era en los últimos días del estío; Alfonso Karr se bañaba y daba lecciones de natación á sus nietos. Oí una voz grave, fuertemente timbrada: «Ven acá, Susana, Violeta, no te aventuras de más allá de los...» Todo conmovido, latiendo el corazón, avancé. Una cabeza, completamente blanca, de caballo corto, una gran barba de río; era Alfonso Karr, transformado en tritón. No vi más que tres hebillas que sujetaban su *trineo* rojo, resplandeciendo al sol, su chambrugo gris de alas anchas y su calzón de terciopelo. En su mirada penetrante, como una lámina de acero, se adivinaba al panfletista; sobre

cada arruga de ese viejo sólido, de una robustez sorprendente, la sátira había puesto su sello indeleble. A tal obra, tal hombre.

Jules Claretie, el director de la Comedia Francesa, el Rastignac de la *Illustration*, ha dicho de él: «El hombre del siglo que ha sembrado más *esprit* en sus obras.» Un espíritu que fustigaba, lastimaba la carne hasta la sangre; un látigo que á menudo se llevaba un pedazo. Alfonso Karr sólo era bueno con los pequeños. Sentía lástima solamente por los débiles, por los desheredados. Su corazón sólo se abría para los humildes, para los infelices. Pero su bondad era ilimitada, su lástima infinita. Y si la misantropía había lacerado su espíritu, no había tocado siquiera su corazón.

El Jardín de Alfonso Karr, como su propietario; quien lo toca, se pincha, ha escrito una mujer de talento, y M. León Bouyer, su yerno, cuando le pedí que me presentara al autor de *Un hijo los tres* me dijo, retorciendo la frase:—Alfonso Karr es como su Jardín: quien lo toca, se pincha.

A pesar de todo elegí mi mejor pluma de Toledo, escribí algunos versos salpicados de sátira; mi pluma luego, nuevamente dulcificada, dejó correr en una carta en tres partes algunas gotas de miel de Himeto y el todo fué dirigido á la *Maison Close*. Dos días después el cartero me trajo un sobre cuadrado, sellado con lacre rojo, con esta inscripción en el sello: *Je ne crains que ce que j'aime*.

Era la divisa del panfletista. He aquí la carta:

«San Rafael. *Maison Close*: Es un buen signo para el porvenir, el que los jóvenes soldados, cuando pasan delante de un veterano, se acuerden de llevar la mano al *kepis*; gracias y un saludo cordial.—Alfonso Karr.»

¿Será necesario que os hable de mi gozo, mi caro amigo? Una carta de Alfonso Karr, y yo tenía 20 años!

La misma noche Jean Alcard daba una conferencia literaria. Después de la sesión, el autor del *Papá Lebonnard*, de *Miette et Noré*, el futuro autor del *Papá Lebonnard*, quiso hablar en mi favor á Mr. Bouyer, para conseguirme una presentación en la *Maison Close*.

Yo exhibía triunfalmente la carta de Alfonso Karr. —Hasta presentado por mí, mi suegro os recibiría mal si estuviera de mal humor,—me había dicho Mr. Leon Bouyer.—Pero con esta carta la *Casa cerrada*, os está completamente abierta, agregó espiritualmente.

He ahí explicado cómo algunos años más tarde tuve el insigne honor de escuchar la lectura,—*avant la lettre*, es decir, la primera—de algunos fragmentos del *Papá Lebonnard*, por Jean Alcard, este incomparable *dicteur*. Todo el mundo sabe que la pieza ha sido dedicada á su querido maestro y amigo, Alfonso Karr.

Si va V. alguna vez á la Garde, verá en la casa del presidente de la Sociedad de Literatos, en el gabinete de lectura, una hoja garabateada, con un marco magnífico, teniendo, entre otras, la firma de uno de los maestros del *esprit*: Alfonso Karr. Es una crítica, muy liasonjera, del *Papá Lebonnard*.

EDOUARD REYER.

LA TRISTEZA DEL DIABLO

(LECONTE DE LISLE)

A Joaquín V. González.

SILENCIOSO, mordiendo los puños,
 Por sus fúnebres alas cobijado.
 En pico abrupto que la nieve ciñe
 Detúvose una noche el Fulminado.

Prolongaba la tierra, inmensa y triste,
 Los continentes que la mar azota;
 Fúlgido, arriba, centelleaba el cielo
 Y él contemplaba la tenebrosa ignota.

Allí, clavados los sangrientos ojos
 En el antro de humanas tempestades—
 Horniguero febril de hombres y bestias
 Que rápidas se pulpan las edades—

Oyó ascender los perdidos hosannas,
 El canto de los reyes, los clamores
 De los pueblos en cruz, y del incendio,
 Lejanos y profundos estertores

El lúgubre concierto de los males,
Antiguo como el mundo y más ardiente
Y más encarnizado que sus odios,
Cruzó del inmortal bajo la frente.

Evocando sus glorias fugitivas
Abismóse en los tiempos insondables,
Y al medir el horror de su destino
Temblaron sus entrañas formidables.

Y los brazos torciendo enfurecido
El soñador, la víctima primera,
Gritó por el espacio sin medida
Do el turbión de los soles reverbera:

— Van los días monótonos cayendo
En la honda eternidad de mí amargura;
Fuerza, orgullo, combates, desencantos,
Sólo aumentan mi tedio y desventura.

Si el odio y el amor me trafeionaron,
Si lágrimas á mares he bebido,
¡Aniquíladme, oh mundos! ¡Que yo sea
En el sagrado sueño sumergido!

Y las razas malditas, las felices,
Del resonante espacio en el desierto,
Sabrán también que el Orbe ha terminado
Cuando ruja una voz: ¡Satán ha muerto!

LEOPOLDO DÍAZ.

AL TROTE

PARÍS

LAS NOCHES DE LOS CAMPOS ELÍSEOS—YVETTE GUILBERT
—MADAME JUDIC—SARAH BERNHARDT—LOS GRANDES
BOULEVARES.

LA imaginación no ha podido inventar nada más bello, nada más hermoso y fantástico que ese collar de luces de todos colores que parpadean á lo largo de los Campos Elíseos. Ese poético pedazo de París se enciende de noche como para realizar una fiesta regia; los focos eléctricos brillan como lagos de plata sobre el asfalto, mientras los resplandores verdes, azules, amarillos y rojos de los farolillos colocados entre los árboles, hacen del paseo un prodigio de iluminación, una maravilla de panorama, una esplendorosa vía láctea, un bosque de estrellas y piedras preciosas. Y bajo aquellos grupos de árboles bañados de luces de oro, esmeralda y zafiro, una infinidad de teatros con sus músicas, sus cantos, sus aplausos, sus chasquidos de copas y su crujir de seda en el riquísimo escenario. A las puertas de esos teatros-jardines hay unos arcos á guisa de anunciadores, cuyos flamantes mecheros de gas dibujan los nombres de

los artistas más aplaudidos por el público parisiense: Yvette Guilbert, Judic, Polin, etcétera.

Yvette es una mujercita delgaducha, con una voz escasísima pero con mucho *esprit*, según los parisienses, á quienes esa chica trae alborotados hace algunos años.

Judic no asaltó, como Yvette, bruscamente, con sus formas raras de avispa, el escenario de los teatros; Judic es una artista en toda la acepción de la palabra; bastante cansada, sí, pero con voz todavía entera y con ese algo peculiar que distingue á la Eminencia, de cualquier género que ella sea, á través de los años y por sobre todas las famas improvisadas. Yvette quiso ser su émulo, derrotarla con su voz chillona y sus gestos de gatita; y no obstante la idolatría que por la artistilla conserva la volubilidad francesa, Judic triunfó, triunfa aún con su prestigiosa hermosura, con su garganta flexible como la de un canario, con su estilo donoso y desenvuelto y con su talento indiscutible de diva de opereta. Lo primero á que rinde culto esa mujer, en el teatro, es á la estética, de la que tiene profundísimos conocimientos. Entra siempre espléndida en escena; en la *toilette* es intachable de la cabeza á los pies. Otra de las cosas que revela su sensibilidad exquisita es el «repertorio» que gasta: todas sus *chansonnettes* son delicadas, graciosas, elásticas, sin llegar nunca al equívoco grotesco: hay algo de ternura, algo de tristeza mezclada á esos cantos que pasan retorciéndose por entre los árboles como una queja.

Madame Judic está un poco gruesa; viste por lo general, ó no sé si por la estación ya avanzada, trajes color crema, guantes blancos, sombreros de anchas alas, como alas de mariposa y gasta el pelo empolvado; una nota originalísima es esta, porque le da un aspecto de muchacha de dieciocho años con los cabellos blancos. Los franceses, que derraman el *esprit* como la sal los andaluces, dicen á este respecto que *la niña* Judic peina canas para fingir de vieja; y la última vez que estuvo ese loco del rey Milano en París—según asegura Eusebio Blasco, aplicando el cuento á una

bailarina ⁽¹⁾—como se dieran á inventar que el regio calavera andaba enamorado de la célebre actriz, las rivales, haciéndose guiños, decían:

—No importa; ella es la más vieja.

—Y ¿por qué es la más vieja?—preguntaba alguno.

A lo que respondían las mujeres con este delicioso *calembour* que hizo época:

—*Parce qu'elle a mille ans....*

••

Después que se ha visitado *L'Alcazar d'Été*, *Le Jardin de Paris*, *l'Horloge* y todos esos primorosos y menudos palacios que protegen los altos olmos de los Campos Elíseos, el espíritu busca un refugio en los verdaderos templos del arte, en el Odeón, en la Comedia Francesa, donde hace las delicias del público Coquelin Ainé y en el *Renaissance*, donde Sara Bernhardt dió la última función de temporada con su obra predilecta que el mundo entero conoce: *La Dama de las Camelias*.

Recordando las crónicas de periodicos que hablan de la excéntrica, pero esclarecida Sarah, advierto ahora que la he visto tantas veces, que los revisteros más ó menos escritores que me han precedido en esto de siluetas artísticas, han exagerado sobre su figura.

Sarah Bernhardt no es tan fea como la pintan.

Es una mujer distinguidísima, por lo menos en el teatro; sus ojos azules son hasta expresivos, como la boca, y hasta bella me resulta con los trajes soberbios, con los peinados caprichosos y con las joyas magníficas que gasta.

Es de lo más independiente que conozco, ó con mayor propiedad, Sarah es la independencia personificada, sin duda alguna por su carácter altivo y por ese temperamento nervioso de que tanto nos hablan los cronistas.

Tiene serenidad omnipotente para los actos solemnes y transportes admirables de pasión en los instantes de caricias y amores.

(1) No era á una bailarina, como dice el Sr. Blasco, á quien se dedicó la ingeniosa frase, sino á Madame Judic, son los informes que tengo de ella misma.—(N. del A.)

Las metamorfosis de sus facciones hay que verlas de cerca; á la Frivolidad le arrancaría un grito de envidia en *Frou-Frou* y una exclamación de asombro á la Venganza en *Fedora*. Y no quiero citar más porque sería inútil; desde *Odette* hasta *Patric*, desde *La Tosca* hasta *La Dama*, lo mismo en las obras de Victoriano Sardou que en las de Dumas, no tiene precio en cuanto á intérprete; su valor artístico excede á todo encarecimiento, sobre todo en los detalles. Ahora voluptuosa, llena de amor y de molicie o colorada como una virgen; ahora pálida, histérica ó triste y livida como una moribunda. En sus besos de novia ó en sus lágrimas de amante desdenosa; en sus desesperaciones de loca ó en sus arranques de despótica, en todo revela su vigoroso y sin igual talento Sarah Bernhardt. La primera entre las primeras; la invulnerable.... La crítica no puede, no tiene derecho á hincar el diente en su sonada vida artística.

Como á mujer habría mucho, muchísima tela cortada para artículo ingenioso. ¡Corren por ahí tantas anécdotas, se cuentan tantas historias y ha realizado ella tantas rarezas escudadas por la admiración ó benevolencia del mundo, que hasta se le podía aplicar impunemente una excentricidad sin dañarla! Por de pronto puedo decir que es una mujer, digo mal, una *jeune* de cincuenta años.... ¡La vejez no la marchita; los días pasan por sobre su impasible cabeza «rubia» como los héroes del mundo homérico por sobre la virginidad de Helena.

Aquí está el París ancho, pujante, pletórico de satisfacciones ó lleno de continuas impaciencias. Mientras unos corren á prisa, pateando con sus gruesas suelas de *yankee* el empedrado y otros asaltan los ómnibus y trepan con agilidad de monos la cumbre de las imperiales, hay una multitud de desocupados que pueblan las terrazas de los cafés y se sientan frente á las mesillas repletas de copas, horas tras horas á charlotear con las mujeres, á beber *absinthe*, á fumar como energúmenos y á oír con tranquilidad de sultanes felices las arbitrarias músicas de los restaurantes de á dos francos.

Por las aceras es una aglomeración, un ejército, una masa de seres que ondula y se arremolina y se detiene en los escaparates, en los kioscos de flores y en los puestos de periódicos donde vociferan los pregoneros la última *caricatura* en colores de un ministro silbado ó de un personaje en berlina. Y en el arroyo hay un marcante cruzar de coches, de tal suerte, que á cada instante parece que se estrellan caballos y vehículos cuando van rodando como en vértigo, atropellados y confusos en diferentes direcciones sobre un piso de asfalto lustroso, limpio, como el de un salón de patines.

En ese barullo de la actividad y de la holganza, nótase como un acompasado retintín de monedas que caen y de precipitación de manos invisibles que se disputan el derecho de recogerlas: un contraste de derroche á porfía y de explotación diligente: la imprudencia desatada del que goza y la destreza justificada del que vive del goce de los demás.

Toda esta línea de los grandes boulevares hasta la Plaza de la República es un soberbio punto de observación para los que, como yo han venido á estudiar las costumbres, á escudriñar los sucesos y á penetrar en las entrañas de esta vida de atrevimientos humanos.

Nutrir estas páginas de descripciones, de siluetas, de amabilidades y de risas, de anécdotas y comentarios, ya lo dije alguna vez, es lo que me propongo; sin orden, sin preocuparme poco ni mucho del *recetario* cronológico y sin anegarme en asuntos difíciles, porque tendría que someterme á reglas y consultas, acabando por no hacer cosa de provecho. Lo primero que necesito es independencia; y reglamentar las descripciones de París, ó perseverar prolongadamente en ellas, es hacer un trabajo literario empalagoso ó soporífero que es peor.

¿Quién habla reposadamente en un trabajo premioso de los grandes boulevares?... Nadie. Aquí á las puertas del *Crédit Lyonnais* se ve comprar una letra de cambio, y más allá, bajo la dorada techumbre del café Riche, se oye la risa clara de una mujer alegre, que es

como la firma de venta, la promesa voluptuosa de alquiler para la noche del *Jardin* y del *Moulin*. El elegante que va al café Inglés tropieza con el agente que sale apresurado llevando debajo del brazo su lio de cuentas y de muestras; y rozándose con las señoras van las escapadas de San Lázaro dirigiendo á los hombres esas intensas y lujuriosas miradas con que imploran la limosna del vicio.... Por eso es que acude al *Boulevard* el *rastaquouerismo* americano; y también para lucir las chisteras blancas, las corbatas rojas y las botas amarillas, muy convencidos todos ellos de que esos trajes «estupendos» son la expresión de la elegancia en París, y que todo el mundo se cae boca abajo cuando ellos pasan.

MICHEL E. PARDO.

ABISMO

BOCHORNOSA existencia de mendigo!
Ay! no eres tú la que busqué soñando
Cuando dejara hasta mi honor llorando
Sobre el umbral de mi mejor amigo!

Juventud inflexible, ¿te maldigo!
¡Lujoso harapo que arrastré cantando.
Mi esperanza y mi amor sacrificando
Al ideal imposible que persigo!

¿Y he de llegar al fin de la Jornada
Con el alma y la carne lacerada.
Sangre manando de la abierta herida?

¿Dónde acaba la noche del pasado?
¿O habrá de hallarme el porvenir prostrado
Bajo el enorme peso de la vida?

DIEGO FERNÁNDEZ ESPINO.

DAPHNÉ

Daphné es el reciente poema de Emanuel Signoret, uno de los jóvenes astros de la nueva y brillante constelación de poetas franceses que serán. Á pesar de Monsieur Doumic, los grandes del próximo siglo. Vean los lectores de la REVISTA DE AMERICA el siguiente prólogo del poema de Signoret:

Et dans ses bras ouverts que remplissent ses seins
Elle appelle des yeux la race des humains
Elle sait, elle croit, cette Vierge inféconde
El pourtant nécessaire à la marche du monde.
Que la beauté du corps est un sublime don.

HAI DELAIRE.

PARA aquellos que prestan algún interés al desarrollo de mi pensamiento artístico, esta serie de doce poemas evocará la impresión de doce blancas ninfas, brotadas

súbitamente de las ocultas florestas, saltando con los cabellos al viento hacia el armonioso horizonte

Yo había expresado ya, en los *Versos dorados*, el período heroico de la Idea. Aquí la idea alcanza su período nupcial. Los colores están dulcificados. Las formas han adquirido mayor indecisión. A la afirmación magnífica de una personalidad, he sustituido las quejas voluptuosas del deseo. Aun á veces he callado y he dejado hablar á las cosas.

Los Acasos, que son voluntades misteriosas, me han invitado, en estos tiempos, á las fiestas de la tierra. He asistido al nacimiento de la primavera en el antiguo parque de Versalles. A la sombra de los artesonados polvorosos, bajo los extendidos follajes de los viejos árboles, he sentido correr por mis venas gozosas una nueva sangre. El mundo ha vivido en mí.

He querido cantar, una vez más, la dicha de los seres. Dar realidad para siempre, en la belleza de sus tipos primordiales, á las florecillas que me saludaron, á los ruiseñores que cantaron á mi paso. Reconocido á los sitios que me ayudaron á constituer la eternidad de mi conciencia, los he decorado con toda la gracia de la mujer amada.

No he querido sepultar esto en el pasado ilusorio. Lo he dejado nacer de mis poemas, y mecido por su armonía, resplandecer de ola en ola, como Venus, brotando de los suspirantes mares.

Los paisajes me han libertado y me han devuelto mi nativo esplendor.

Et puis j'ai rencontré la Forêt vagabonde
Qui, pour ressusciter le vieux dieu que je fus
M'a tendu ses deux seins qui s'entalaient comme une onde.
Et ma mordu le cou, dans un rire confus. (1)

A mi vez he intentado libertar los paisajes, preservándolos de las interpretaciones vulgares ó falsas y permitiéndoles hablar en mis versos, su propio lenguaje.

(1) *La Forêt*.

Para celebrar estas amorosas solemnidades, he creído deber recurrir al empleo continuo del verso alejandrino; pero del alejandrino libre, flexibilizado, variando hasta lo infinito sus cortes. Cuidadoso siempre del brillo y de la calidad de las rimas, no me he privado, sin embargo, de hacer uso de todas las libertades que pudieran dar á la orquestación general mayor inmensidad. Mr. Stéphane Mallarmé quiere que se reserve el alejandrino para las grandes ocasiones. Pero ¿hay algo que merezca más los honores del verso-rey que el augusto despertar de la primavera, el canto universal de las cosas hacia su realidad y los latidos de felicidad del corazón de las flores, del corazón de las fuentes, del corazón de los hombres y del de las tórtolas?

La literatura renueva también su savia. Las generaciones nuevas prometen á la Francia el estío maravilloso de las Ideas. Saint-Pol-Roux acaba de alzarse extrañamente, levantando libros, henchidos de misterio. Henri de Regnier no permite que se le olvide. Maeterlink tiene tres dramas nuevos, y he leído de Jean Moreas versos admirables. En cuanto á M. M. Le Cardonnel, Raymond de la Tailhede, André Gié, Paul Valery, Claudel, Gasquet y Souchon, no dudo de que nos reservan libros hermosísimos.

Todo el viejo mundo se emancipa. Voces altivas predicán por todas partes la libertad de las alegrías. La inspiración poética ha encontrado otra vez sus fuentes verdaderas.

Una concepción nueva de la Divinidad se elabora. El árbol humano se alza resplandeciente de flores; altos pensamientos fructificarán mañana. Lo divino está esparcido en todas partes. Los sombríos azules relucen. Las pupilas de las vírgenes se apesadumbran, y sus flancos se estremecen.

Pueden estos doce poemas contribuir ampliamente á la obra de gloria y de vida. Sobre el Occidente, cubierto con sus ruinas humeantes, puede levantarse nuestra poesía, como un vasto viento que sopla de los desiertos.

Jacinthus ha venido á rehabilitar la razón, á hablar de las cimas nevadas de la Grecia y de las graciosas riberas del lago de Tiberiade. Jacinthus marchaba en las lujas ilcales, llevando con ambas manos su alma sagrada.

Pero la música triunfa. La sombra de Orfeo ha roto los infiernos. El árbol de Delfos ha refflorecido. Castalia se vierte aún allí donde beben las tórtolas quejumbrosas.

Y avanza Dafne que trae el CANTO.

Traducción de RICARDO JAIMES FREYRE.

PERDIDA

Y o te vi la nariz dilatada.
La boca con ansias de un beso infinito,
En los ojos temblando el deseo.
Rompiento el escote los senos altivos.

A laire á mi cuello pidiendo placeres.—
Placeres en sueños tal vez presentidos.—
Arrojar en mis brazos las galas
De tu fresca belleza de lirio.

Y después de pasar la locura
Y después de pasar el delirio.
Levantando los trémulos brazos
Pedir convulsiva la copa de vino.

MARCO NEREO.

BELLAS ARTES

LA EXPOSICIÓN MENDILAHARZU

ESTÁ abierta al público, en el Ateneo, la anunciada exposición Mendilaharzu. Esta nota brillante, en este Buenos Aires tan refractario á lo intelectual, se debe casi exclusivamente á la iniciativa de uno de los espíritus más finos y delicados de su país, un pintor, un escritor, verdadero mirlo blanco artístico, en la traficante y política Cosmópolis: Eduardo Schiaffino. Este buen amigo del pobre pintor Mendilaharzu ha sido el autor de la feliz idea de reunir y exponer los cuadros y dibujos del artista argentino que recibió la fatal consagración de la desgracia, antes de entrar en la divina y salvadora muerte.

En un artículo publicado en *La Nación*, Schiaffino no ha podido contener un justo clamor de su alma aristocrática y elevada, al

recordar el martirio que tuvo que padecer en su patria Mendilaharzu:—la sequedad espiritual del medio; ignorancia y «panmuflismo» del público; frecuentes ineptias de la gaceti-lla; mordiscos inesperados é inmotivados del lobo humano, etc.,—en los momentos mismos quizá en que, como á André Gill, á Mau-ppassant, á cien otros luchadores del arte, le empezaba á envolver la bruma sombría, misteriosa y terrible de la locura.

Dicen los que conocieron al pintor difunto, que su alma tenía el bello oriente de una bella perla; que adoraba su arte con la honda y santa comprensión del elegido; que llegó de París lleno de sueños hermosos y de soberbios proyectos y que aquí, entre los suyos, padeció desconsuelos y decepciones. Luego, se volvió loco. Luego, se lo llevó Dios bueno. Ahora se le puede elevar, alabar, proclamar, mientras están descansando en lo negro de la tumba, sus tristes huesos.

Al saber la vida de Mendilaharzu, viene á mi mente el recuerdo de Vincent van Gogh, el grande artista que vació su alma en las cartas que escribió á su hermano Teodoro, y que, por más de un motivo, puede compararse con el pintor argentino;—ideales artísticos, lucha con la técnica, afición á ciertos pequeños temas de *menage*:—¡no lleva en balde *van Gogheste* apellido!

En el Ateneo puede admirarse, entre las obras expuestas, una *cocinería*, digamos así. *La lavure de vaiseille* de la más hábil factura. Al verlo, recordé las palabras de una carta de Van Gogh: *Ma dernière toile tue tout le reste, il n'y a qu'une nature morte avec des cafétières, des tasses et assiettes en bleu et jaune qui se tiennent à côté. Cela doit venir du dessin*. Después, las mismas dificultades, los ataques de la banalidad, las transacciones con el feo diablo de la Concesión, el retrato ocasional, las ventas..... Luego, morir sin ver la realización de su sueño, y sin haber tenido el premio de tantos afanes.

Desgraciados y malditos aquellos que han nacido en el Nuevo Continente con el fuego del arte verdadero. En la Yankeria, como en el resto de América, por causas distintas, pero que todas conducen al mismo resultado, todo artista será siempre un ser exótico, y morirá ó desconocido ó desgraciado.

Mendilaharzu deja lo suficiente para comprender que habría sido, en el completo desarrollo de su talento, un maestro. Mariposeó su espíritu, no por afanoso diletantismo, sino á causa de las vacilaciones que señalan el comienzo de toda vida artística. Por tal motivo nótese en sus producciones una variedad que explica los distintos rumbos que siguió el pintor en la primavera de su producción. Junto á un cuadro histórico, uno de género, un retrato, un *plein air*, una naturaleza muerta. «Sorprende, dice Schiaffino, á las personas poco avezadas á esta clase de exposiciones, la primera impresión producida por ésta; salta á la vista la diversidad de géneros y la variación de facturas, haciendo pensar involuntariamente en la contribución desigual de diferentes artistas. Sin embargo, el hecho es normal y perfectamente lógico, pues que se trata de un simple desarrollo de facultades, por medio de exploraciones en distintos sentidos.

«Un alma que se abre á las sensaciones ambientes, un espíritu curioso buscando satisfacer el ansia que lo anima, va ensayando así las nascentes fuerzas de su adolescencia intelectual, antes con paso indeciso, ebrio de vida después, sintiendo bullir dentro de sí la savia impulsiva, avasalladora.»

No he visto sino muy rápidamente la exposición Mendilaharzu, y por tal motivo no puedo dar á los lectores de esta revista una crítica detallada. La impresión general acusa la obra de un verdadero artista, que en otro centro habría llegado á ser una celebridad. Hay entre todas las obras un grupo que atrae y seduce, á pesar de su relativa humildad objetiva: el de las naturalezas muertas.

En este género Mendilaharzu fué innegablemente un artista magistral: sus carnes frescas, sus cebollas, sus bananas, son de una asombrosa factura, y los colores detonan triunfantemente, en la magnificencia de la ejecución.

Copiaré una preciosa impresión de Schiaffino, á este propósito: «... recrean los ojos, dice, con el concierto de sus tonos á veces sordos, robustos y tranquilos como en las ya famosas cebollas, cuya armonía recuerda una sonata de violoncello: en otra tela los tonos son más alegres y variados; la reunión de las legumbres toma un aire de fiesta, la gama de rojos alterna con las violetas en un trozo de

carne cruda, de la que tiene el peso y la textura esmaltada de pronto, por la nácar azulada y lustrosa de algún fragmento de aponeurosis, un chodo vecino da la nota tierna de los tonos moribundos, desvanecidos, con el blanco mantecoso del menudo grano, las sedosas barbas esparcidas y el fresco sudor de sus anchas hojas puntiagudas; la zanahoria trae consigo el fasto tranquilo de una púrpura nativa, bien llevada, y más allá un grupo de cebollas escalona modestamente su redondez crujiente y olorosa.»

Esta página, á lo Huysmans, os dará una idea del mérito de la obra expuesta. Desfilan ante los ojos, después, la coronación alabastrina de una *Magdalena*, una admirable cabeza femenina cuyo título en el catálogo no recuerdo: *La vuelta al hogar*, cuyo tema pareceme ha sido tratado por varios artistas conocidos; un retrato de cortas dimensiones, del poeta Gervasio Méndez, sobre el cual podría escribirse más de una página de verdad y de justicia.....; *La muerte de Pizarro*, varios retratos, etc.

Terco caballero de sus ideales, Schiaffino ha escrito estas palabras al final de un artículo de *La Nación*: «De esta exposición surge una enseñanza que interesa á todos los argentinos: mientras aun se discute alrededor muerto si alguna vez tendremos arte, ya contamos detrás de nosotros algunos artistas nuestros: Puyredón, Cafferata, Fernández Villanueva y Mendilaharzu desaparecen sin que haya todavía un museo de pinturas y esculturas para guardar en él sus obras principales; el mérito inapreciable de ser los precursores intelectuales de una nacionalidad lo pagarán con el olvido de su propia obra, porque si hay gobiernos y municipalidades que llegan á concebir la necesidad del comercio, las ventajas de la industria, faltan entre ellos espíritus amplios, bastante adelantados y poseídos del porvenir de la República para darle al pueblo, junto con el pan de la inteligencia, para conservar piadosos y reconocidos el ejemplo perenne de las primeras obras de arte generadas en almas argentinas, solventando así las deudas de la sangre.»

Crea el artista que ha escrito esas líneas en esta triste verdad: El Panmuflismo toma creces en todas partes del mundo. La ciencia, el comercio, el sport, la política, son los due-

ños del mundo. El Arte va reduciéndose á un grupo de cultivadores é iniciados cada vez más escaso. A veces, un hermoso sueño nos hace entrever una aurora, es verdad. En nuestras repúblicas latinas, el viento de la Mediocridad sopla sobre el alma criolla. Nuestras sociedades recién formadas no se cuidan del alma; el Arte no puede tener vida en donde la Religión va perdiendo terreno, y en donde el Lucro y la Política hinchen cada día más sus enormes vientres.

El yankee, tan ferozmente práctico, siquiera derrama su oro para tener en su casa las obras del arte que no entiende; el americano-latino, la raza de los licenciados, doctores y coronelés, tiene que conformarse con ser la madre por excelencia de ese monumental y portentoso tipo que instala nuestra pequeñez á la luz del mundo: el Rastaquouère. Y mientras triunfen los *rastas*, los artistas que tengamos se morirán de hambre, ó irán al manicomio, ó vivirán tragando su propia bilis.

R. D.

FLORES DE LLANTO

Mi pesadumbre aciaga
Con antros asemejo

En cuyo fondo tenebroso vaga,
Como un rayo divino, tu reflejo.

Mi soledad asombra:
En su sùnebre calma

Es de triteza de ciprés la sombra
Que se dibuja en derredor de mi alma.

Es impulso violento,
A tu fulgor bendito,

Se retuerce mi triste pensamiento
Con las miserables ansias del precito.

En grupo lastimero
Brilla tu luz difusa:
Dijérase purísimo lucero
En la torva cabeza de Medusa.

Oh mi cándida niña!

Contra el dolor sanudo,

Al fin vencido en desastrosa ruina

Ya no tengo en mis sueños un escudo.

La culpa malhadada

En silencio me acecha,

Llevando entre sus manos una espada

Como de rayos fulminantes hecha.

Pero tu bien perdido

Sobre mi culpa gira

Al igual del incienso desprendido

De la llama sangrienta de una pira.

Pues si mi frente hieres

Con inmortal destello

Es porque tú de mis tormentos eres

El luminoso, el tutelar, el bello!

Justo A. Facio.

LIBROS Y PERIODICOS

EL CASO CLARIN

Folleto de 32 pag. en 8.º, escrito con muy mala intención por Pompeyo Gener, de Barcelona, contra Leopoldo Alas, de Oviedo, esmeradamente impreso en Gernona, editado en Madrid y Barcelona y ha poco llegado á Buenos Aires.

Por eso ello en virtud de una nota publicada por Clarin en *El Imparcial*, acusando recibo de un lujo y excepcional ejemplar que de su libro *Literaturas Malsonas* le hiciera cortes presente Pompeyo Gener, á cuya atención correspondió aquel con toda clase de inagüaldades tendientes á poner á éste en el disparadero, donde puntualmente se puso el autor catalán, publicando el folleto, en que debe ocuparme y en que se demuestran dos cosas:

1.º Que en materia científica está al día, y quizás al día siguiente, porque todo aquello del *doble astral*, aunque me lo juren fraltes descalzos, no me resulta verdad científica, ni siquiera en proyecto.

2.º Que no puede ver á Leopoldo Alas ni en pintura, *cuanitímás*, como dicen en Madrid, ejerciendo de crítico sobre las espaldas ajenas.

Que Clarin es intemperante, nadie lo pone en duda; que no se muere de la lengua (precluido del fácil chiste del temor de envenenarse) para decirle á cualquiera cuatro verdades, no es menos evidente, y que tiene mucha opinión en España y hasta en América parece también comprobado.

Falta sólo averiguar si ataques como el de Pompeyo Gener perjudican la autoridad literaria de Alas ó la fortifican.

Desde luego puede asegurarse que con embestidas del mismo tenor, ha llegado Leopoldo Alas á cobrar la importancia excesiva que como crítico ejerce en la patria de Menéndez Pelayo y de Izart. El mismo caso de Novo y Colson, que despiadadamente le enrostra Gener á Alas, no convenció entonces á nadie; todo lo que demostró fué el asco que el crítico de Oviedo le tiene al duelo; pero ni Novo ganó en crédito literario, ni Alas perdió el que tenía y tiene, no tanto por lo que enseña, y su peculiar estilo, como por la guerra que se le ha hecho desde que empezó en *El Solfeo* sus campañas de vapuleador literario.

Porque hay que notar que Alas jamás presumió que pudiera llegar á mandar la fuerza que manda en literatura: por aquellos primeros años del reinado de D. Alfonso XII era un modesto y concienzudo aspirante á catedrático, que por no saber en qué entretenerse se dedicó á escribir de literatura, para la cual no estaba especialmente preparado. Cuando murió Revilla se encontró de pronto al frente del magisterio de la crítica (Balart incubaba sus *Dolores* y Marcelino Menéndez hacía libros). Hasta entonces había escrito como le iba saliendo su plan fijo, sin principios estético-prácticos que aplicar, sin más conocimientos de la literatura corriente que los que un dilettantismo más curioso que otra cosa pudieran proporcionarle.

Pero como valía y como los ministros conservadores no perdonaban al escritor republicano sus desplantes de *El Solfeo* y parecían dispuestos á no darle la cátedra que en buena lid ya había ganado, Leopoldo Alas se dedicó á ponerse á debida altura, aceptando la situación de crítico que se le hacía, y fué crítico.

La improvisación que esto suponía es el pecado de origen de su manera crítica; y ella explica la falta de continuidad, el *capricio de suite* que en su labor advierte el menos avisado. Para cada época de su vida literaria ha tenido un ideal distinto: Flaubert fué un día su pasión y nació *La Regatta*. El solitario de Medan llegó á la plenitud de su genio—allá por los años de «Germinal»—lo atrajo después con fuerza; el Diario de los Concorps le preocupó más tarde, y sólo en estos últimos tiempos ha abierto su espíritu á las direcciones modernas de la vida literaria, con la ingenuidad y la carencia de *parti pris* que ellas requieren.

¿Toma á lo serio Clarin su misión de crítico? Más alto plea, á mi parecer. Otra cosa es que, dejándose llevar de la corriente y solicitado por todas las empresas periodísticas, siga escribiendo de literatura diaria; pero esto lo hace con tal desgano, que solamente á un apasionado como Pompeyo Gener puede ocultársele.

El mismo hecho de vivir en Oviedo—centro intelectual, por lo demás, digno de mucha atención—revela bien á las claras la poca atención que á la pelea crítica Leopoldo Alas conserva. Si lo que en la edad madura realizamos (habiendo libertad de acción) es siempre lo que soñamos en la juventud, Alas, que dió á su criterio filosófico una robusta base en los años de Universidad, debe fatalmente declinar por los altos estudios de filosofía crítica, siempre y cuando ataques como el de Pompeyo Gener no le obliguen á estar en la brecha, á lo cual su temperamento batallador, por otra parte, le arrastra. Será entonces una víctima más del *cubo meliora*, *deteriora que sequor* de Oviedo.

Temperamento de crítico el de Pompeyo! Si Alas es un filósofo ex krausista metido á crítico de ocasión, Gener es un crítico que ejerce de filósofo positivista. Espíritu inquisitivo, bien informado, al tanto de lo último que se publica, sin que ignore nada de lo antiguo (sabe de patología como un beneditino y de asiriografía como un *privat-docent* de Tubinga), tiene un golpe de vista certero y la mano dura. (Que crítico ha perdido España en él, con su catalana manía antimadridíla! Yendo á Madrid, en dos años de lucha, se hubiera puesto á la cabeza de la crítica, y entonces hubiéramos tenido un *maestro* que hiciera algo más que sacudir el polvo á los malos poetas y á los académicos conservadores.)

Esos dos años le hubieran también servido á Pompeyo Gener para acabar de poseer el castellano. En esto tiene razón Clarin, y aunque Pompeyo afectó un soberano desprecio por el purismo (sin llegar al de Valentin Almirall, que por gusto escandalizaba en Madrid á las gentes con su vulgar acento y sus rebuscados catalanismos), lo cierto es que en su mismo folleto que me ocupa, ha cultivado un tanto el estilo, aunque no acaba de limpiarlo de giros gálicos. Sin embargo, en español se puede decir todo lo que se piensa (sin lo que se piensa en francés), sin necesidad de galicismos.

...Bien me van á poner entranchos críticos cuando se enteren. Aguantare el chaparrón, desoñando á mis dos antiguos amigos que siempre sean tan leales como yo ahora lo he sido.

Pero digan lo que quieran, ni Leopoldo Alas me hará creer en su sinceridad de apóstol de la crítica, ni Pompeyo Gener me convencerá de que los alfilerazos de Clarin merecerán los castigos, los golpes de catapulta y las descargas de batería eléctrica que complicadas con

algunas saladas citas de la inevitable *Verbena*, forman el folleto del cual debía haberme ocupado (que para esto se me abrieron las columnas de LA REVISTA DE AMÉRICA), en vez de entregarme á insustancial charla, la misma que Alas llamara Pálque y Pompeyo *Cua serie*.

CARLOS MALAGARRIGA.

De una carta dirigida por P. Gener á nuestro distinguido colaborador Sr. Malagarriga, de París en 1892, copiamos el siguiente curiosísimo párrafo:

«Intenciones me vienen de hacer fijar un cartel por el estilo, en lo más céntrico de la Exposición:

«POMPEYO GENER Y BAROT, natural de Barcelona, de 38 años de edad, doctor en Farmacia y en Ciencias, licenciado en Medicina, socio de la Antropológica de París, de la *Société pour l'avancement des Sciences* de Francia, de la Zoológica de Zurich, de la *Société des Orientalistes*, de la Filológica de Leyden, ex-representante de España en el 5.º Congreso de historiadores, celebrado en dicha ciudad, ex-comisario de la dicha nación en la Exposición Universal de Amsterdam, caballero del León Rojo Neerlandés y distinguido de la orden de Carlos III, Autor de *La Muerte* y *El Dios Diabólico*, de *Herregias*, de la *Patología Literaria Contemporánea*; traductor de Proudhom, de Aben Noth, de Paul de Saint Victor, de Flaubert, etc., etc., etc.

SE VENDE

Así, por una cantidad no muy crecida, que le permita vivir como una persona decente, servirá incondicionalmente á cualquier presidente de república, dictador, monarca, emperador, pachá ó tirano, que quiera aprovechar sus servicios. Sabe escribir obras que producen sensación europea, folletos que amedrentan estados, artículos que desmenuzan reputaciones y producen la caída de alcaides, presidentes y ministros. Conoce la química suficientemente para poder fabricar toda clase de venenos ó medicamentos, según el caso. Sabe esterilizar é inocular microbios, y así producir á voluntad, ó cortar, enfermedades contagiosas. Conoce la ginecología y por tanto el arte de hacer estériles las mujeres; además, posee seis lenguas vivas y varias lenguas muertas, sabias ó ignorantes. Mide de estatura 1'85 m., pesa 75 kilos. Está robusto, sano y sin defecto alguno físico. Tira bien la pistola y la carabina; sabe hacer puntirías con cañón, obús, mortero y ametralladoras; esgrime el sable y el florete, monta á caballo, dibuja y pinta un poco, sabe algo de música y tiene mala letra. Se cedará también, parcialmente, por temporadas y por servicios aislados, á precios convencionales.

Informarán en la Comisaría Española.

REVISTAS JÓVENES DE AMÉRICA

Muchos son ya los órganos en que se manifiesta el pensamiento de la «Joven América». Desde Méjico al Uruguay la nueva escuela tiene representantes. Si toda vía mucho hay que desear en la hermandad artística de los Nuevos, entusiasmo y talento no faltan. Eso ciertamente no es poco. De esas revistas, que encierran los anhelos, las tendencias y los triunfos de la juventud americana, se ocupará especialmente la REVISTA DE AMÉRICA, cuyo objeto no es otro que el manifestado en su programa.

LA PLUMA, de San Salvador (América Central), trae en el último número que hemos recibido un artículo lleno de *humor* de Salvador J. Carazo. Este escritor desde hace largos años ha dado á conocer en lengua castellana las mejores producciones de los humoristas ingleses y americanos. Mark Twain, sobre todo, ha sido su autor predilecto, y por un fuerte poder asimilativo ha conseguido escribir en nuestro idioma entusiasmados y cuerdos verdaderamente dignos del raro y *desapuntado* *quá loco*.—Francisco García Cisneros ha escrito una paginita llena de viveza y de novedad, sin caer en peligrosas exageraciones de estilo: *Un beso á Park*.—El Benjamín de la escuela, muy conocido ya, Ambrogio, progresa. Su entusiasmo, su pasión por el arte, le han conquistado el cariño de sus hermanos mayores. Será *admirable*, seguramente. Su última producción, *Rosa Pompeya*, es un florido cuentero que... aunque... pero... ¡Adelante! Sólo que hay que tener presente esta advertencia: ¡cuidado con el *ambrosio*!—Señalamos de paso unos versos de Darío Herrera: *Rotonda*. Herrera lleva tan segura vía, que no nos extrañará verle llegar al triunfo.—Un cuento de él en la Palma digna de elogio. Y una página sentida y elizante de Joaquín Méndez, sobre nuestro amigo el escritor ecuatoriano Federico Proaño, recién fallecido en Guatimala.

—EL PENSAMIENTO, de Tegucigalpa, Honduras (América Central).—Esta revista acaba de fundarse, y suprimir

número trae entre otros trabajos una poesía póstuma de J. M. Mayorga Rivas, que da á conocer á un innegable poeta, desgraciadamente malogrado á causa de la horrible política de aquellos países. Una advertencia: ¿Por qué en una revista puramente literaria, gacetas únicas, no se publican los diarios?

—El FIDELIO, de la Habana, mejorando siempre. Por su parte artística: tipografía, grabado, etc., y por lo escogido de buena parte de los trabajos que publica, puede ser considerada esta revista como la más elegante y aristocrática de la América española. Cierta es que tiene mucho de *magazine*, y dedica grande atención al sport y á la vida mundana. En cambio cuenta con redactores tan notables como Enrique José Varona, el sabio y fino crítico de la *Revista Cubana*, y Valdivia, el *Conde Kostia*, cuyo estilo y erudición son del mejor brillo y ley. En uno de los últimos números recibidos: *El porvenir de la literatura*, por Varona.

—GUATEMALA ILUSTRADA. Guatemala (América Central).—Digno de leerse un medallón de Enrique Gómez Carrillo: *Un predicador*. Presenta la figura del Padre Monsabré. Un párrafo:

«Su figura es soberbia. Los contemporáneos de Comodiano de Gaza y de Paulino de Pella habrían visto en él un Eolo místico; los fakires indios sonarían, al contemplarlo, en un león moreno y robusto. Cuando comienza á predicar, sus ademanes tienen esa nobleza noble que siempre ha caracterizado á los sacerdotes católicos; pero cuando se entusiasma, cuando se enardece, cuando llega al punto culminante del discurso, su busto toma proporciones atléticas, su cabellera se desparra, sus ojos se dilatan, su cuello se infla... Y entonces las palabras que brotan de sus labios son tan ardientes, tan grandiosas, tan formidables, que parecen una llama de incendio que lo envolviera todo en un círculo de fuego.»

Dicen que las mujeres tienen poca simpatía por él. Es natural. Las hijas de Eva suelen sentirse desconcertadas entre el torbellino de su elocuencia. La robustez nerviosa y violenta de su palabra, las embriaga sin adularlas; y la hombría no llega á adorar los sacudimientos brutales, sino después de haber sentido el atractivo de la dulzura. Los que quieren dominar á una mujer hasta el punto de poderle decir: «¡tú eres esa ventana para romper el cráneo, porque si, porque yo te lo mando, porque á mí me da la gana», tienen que principiar como el pastor Romeros, seduciendo felinamente. Por eso el verdadero diador espiritual de la aristocracia femenina es el Padre Didón. Sus sermones son doctos, elegantes, ligeros, y al mismo tiempo intransigentes. Los discursos del padre Monsabré, al contrario, contienen un gran fondo de optimismo y de tolerancia bajo una envoltura fanática y terrible. El primero es el predicador de los débiles, de los ricos, de los tibios. El segundo es el predicador de los tristes, de los desamparados, de los fuertes. El segundo es el más grande.»

—Hay por allí unos versos de un médico mejicano, residente en Guatemala y apellidado Figueroa, de quien hemos visto alguna vez bonitas estrofas. Esto de ahora es una como parodia, de alguna «manera» conocida. Ha querido hacer el Adorée Flouppette, en Guatemala?... ¡Diga te benisss, nigard! Si siquiera hubiese tenido la originalidad de otro *decalentado* que nos ha salido en Panamá! O la gracia de otro periodista de Lima...! ¡Diga te benisss...!

—LECTURA PARA TODOS. (Cartagena, Colombia).—Una traducción, por A. J. López Peña, de uno de los bellos sonetos de Horacio: *Fuga de Centauro*. Preferimos la de Fragoso, publicada aquí en *Artes y Letras*. Por de pronto, advertimos que el soneto traducido no es soneto, pues aparece con dieciséis versos. El Sr. López Peña es uno de los más fervientes seguidores de las nuevas ideas. Tiene exceso de savia el árbol de su literatura. Ya la REVISTA DE AMÉRICA dará á conocer á este escritor, como á todos los que forman hoy la vanguardia del movimiento modernista.

—EL EGOTISMO EN LA BASE DE LA SOCIEDAD, por el doctor Pedro César Domínguez, Secretario de la Facultad de Ciencias Físico-matemáticas, (Caracas, imp. Bolívar).—El señor Domínguez hace una excursión en el campo histórico, y se basa en la ciencia moderna, para demostrar una antigua verdad: que el hombre es esencialmente egoísta. La manera con que el autor desarrolla su tesis es muy recomendable, y es de notar como en Venezuela tienen buenos cultivadores los estudios filológicos. Por otra parte, el Sr. Domínguez es para la Joven América personalidad digna de toda simpatía, por el ardor con que en la revista *Columbiana*, en Caracas, mantiene los nuevos principios artísticos.

—DISCURSO pronunciado por el Dr. D. Ramón A. Salazar, Ministro de Relaciones Exteriores, en representación del Gobierno, en el día del aniversario de la Revolución de 30 de Junio de 1871, y en el solemn acto de la instalación de los restos del general D. Miguel García Granados, del antiguo congreso al Danton Nacional. (Guatemala, Tipografía y Encuadernación Nacional, Segunda Avenida

Sur, núm. 2).—Si en nuestra revista únicamente dedicamos al Arte y á las Letras mencionamos este folleto, es á causa de que, al propio tiempo que un documento oficial, es una plausible obra literaria. El actual Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala, es uno de los primeros escritores centro-americanos, y en América puede señalarse entre los mejores gobernadores que hayan dado á conocer algo de la literatura alemana. Recordamos, entre otras obras suyas, su excelente traducción de la célebre obra de Chamisso: *Pedro Schlemml*. Salazar es uno de los hombres políticos que aman las letras y en ellas ha logrado brillantes victorias.

—SEMBLANZAS Y RECUERDOS, por Tomás O'Connor O'Arlach, Miembro del Instituto Geográfico Argentino de Buenos Aires y del Círculo Literario de Lima. (Tarija, Tip. de la Estrella de Tarija).—Libro de cortas proporciones. Impresiones y recuerdos, retratos rápidos de personajes americanos que ha conocido el autor. Encontramos un caso curioso de telepatía en la semblanza del general boliviano Morales. «En el mes de Noviembre de aquel año, 1871, tuve necesidad de marchar á Tarija. Me despedí del general Morales, quien á su vez iba ya á salir de Sucre para La Paz. ¡No me figuré al abrazarlo que nos despedíamos hasta la Eternidad! En igual mes del año siguiente regresaba yo de Sucre. La noche del 27 dormí en la posta de Tambillos. A poco de haberme dormido, como á las once de la noche, me desperté soñando que veía muerto al general Morales, en el cabildo de Tarija, y que un soldado me decía que lo habían asesinado. En el momento mismo de despertarme, oí el graznido de una lechuza en el patio de la casa de posta. Me sentí agitado y triste, sin saber por qué, pero lo atribuí á efecto del ensueño que acababa de tener y la coincidencia del grito del ave nocturna. Al día siguiente temprano seguí mi camino, y el 1.º de Diciembre llegué á Sucre. Supe allí que la familia del Presidente estaba en su finca de Totacoa, que no había más novedad en el Norte que la contrariedad en que se había puesto el Presidente con el Congreso, á causa de la conocida y ruidosa cuestión «Aullagas». El día 2 me levanté de cama muy temprano y salí á la calle como á las siete de la mañana. La primera persona que encontré fué mi amigo el estimable joven D. Néstor Villa, quien después de abrazarme y cambiarme los saludos de estilo, me dijo: «visiblemente agitado:—¿Qué le parece á V. el acontecimiento?—¿Qué acontecimiento? le respondí.—¿Cómo? ¿No sabe V. las noticias de La Paz?—Y como, sorprendido, le manifestara que nada sabía y que él era la primera persona con quien hablaba en aquel día, D. Néstor me dijo:—Ha llegado al amanecer un extraordinario de La Paz con la noticia oficial de que han asesinado á Morales el 27 en la noche (la misma noche en que yo lo soñé en Tambillos), y que ha sido encargado de la presidencia de la República el Sr. Frias.»

R. D.

ITALIA

Matilde Serao ha publicado, con el título de *Le Amanti*, cuatro novellitas. Una profunda tristeza vaga por todo el libro, libro de amor. El éxito de la obra ha sido notable y justo. Continúa publicando otra novela, *L'Indiferente*, en la Nueva Antología.

—La *Estadística de Literatura Italiana*, de Buenaventura Zumbini, llaman la atención de la crítica. Leer el dedicado al Folengo, precursor de Cervantes.

—Vittorio Pica, tan conocido entre la juventud literaria de Francia, y que es uno de los primeros escritores de su país, ha dado á luz un libro sobre el Arte en el Extremo Oriente. Recomendado á los Japonistas y á los amantes del estilo.

—La joven escritora Antonietta Giacomelli, hija del senador de este apellido, se ha hecho notar con la publicación de su libro *Sulla breccia*, obra de psicología femenina. El primer libro de esta autora, *Lungo la via*, era una promesa que hoy se cumple ampliamente.

—Dos éxitos: *La baranda*, por Rovetta, y *Per vendetta*, novela de Cordoba.

—Con el título de *La Vita italiana nel Cinquecento*, ha publicado la casa Treves, de Milán, una serie de conferencias interesantísimas sobre historia, literatura y arte en el Renacimiento. Entre otros escritores distinguidos Carducci trata del Ariosto y su obra, y Panzani, de Raffaello.

—Carlo Segré es un ensayista de mérito que ha logrado un verdadero suceso—aunque combatido por una parte de la crítica—con sus recientes ensayos críticos de literatura extranjera. Notable el paralelo entre Cooper y Loti.

—Barrili ha producido una nueva novela, sencilla, sin pretensiones de estilo y bien intencionada. Como toda su obra, ¿No le reconoce también un crítico su «garbo señorial»?

JORGE AGUILAR.

RAPAEL NUÑEZ—Rubén Darío.

LOS JÓVENES DE FRANCIA—Enrique Gómez Carrillo.

LA VEJEZ DE VENUS—Victor Arreguine.

BUENOS AIRES PINTORES—El *Riachuelo*—Brocha Gorda.

CANTALIA HARMARA—Ricardo James Freyre.

LOS TEATROS—A propósito de «Papa Lebonard»—Edouard Reyer.

LA TRISTEZA DEL DIARIO—Leopoldo Díaz.

AL «TROTE»—Miguel Ed. Pardo.

ARISMO—Diego Fernández Espiro.

DAPHNE—E. Signoret—R. J. F.

PERDIDA—Marco Nereo.

BELLAS ARTES—*Mendilaharsu* y su exposición de pinturas—Rubén Darío.

FLORES DE LLANTO—Justo A. Facio.

LIBROS Y PERIÓDICOS—El caso *Clarín*—C. Malagarriga—*Revistas Jóvenes*

de América, etc.—R. D.—Italia—Jorge Aguilar.

LA PRENSA Y LA «REVISTA DE AMÉRICA».

LA PRENSA Y «LA REVISTA DE AMÉRICA»

En nuestro número anterior, apareció, por error, atribuido al *Patí Journal* un sueldo que pertenecía al *Courrier Français*.

La «Revista de América».—Hemos recibido el número 2 de esta interesante publicación, dirigida por los Sres. Rubén Darío y Ricardo James Freyre. Entre los artículos notables que trae, recomendamos el de nuestro colega Brocha Gorda «Buenos Aires pintorescos». La excursión por la Boca, está descrita con colores vivísimos. Rubén Darío trata con su pluma privilegiada sobre Gabriel d'Annunzio y el escritor antedecente Inglés Le Gallienne. «Mosaicos Bizantinos», de Ricardo James Freyre, bien vale la pena de ser leído: lo mismo «Los poetas Jóvenes de Francia», por Enrique Gómez Carrillo, y «Al trote», por Miguel E. Pardo. En «El idioma del delito», trata Rubén Darío sobre la Jerga de los delincuentes en todos los idiomas. Otro artículo que llama la atención es sobre el Monólogo, escrito desde la Habana por el conocido actor italiano Luis Roncoroni. Trae, además, versos de los señores Leopoldo Díaz, Pablo della Costa, Justo A. Facio y otros.—(*El Diario*)

«Revista de América».—Cúmplese lo dicho con motivo de la aparición de esta nueva revista, pues si buen juicio se debía hacer para su primer número, el segundo, aparecido dos días ha, reclama imperiosamente el favorable y decidido apoyo que merece, aunque no lo necesita, porque por sí sola ha de hacerse camino la REVISTA DE AMÉRICA.

Alternan los buenos versos con la correctísima prosa y mezcla entre esos trabajos su nota alegre una natural descripción de nuestra vida de ciudad. Tan variado es el material del número que nos ocupa, que la elección se hace difícil y la conclusión es fácil de prever: hay que leer todo lo que contiene, desde el principio hasta el fin. Rubén Darío, Brocha Gorda, James Freyre, Gómez Carrillo, Della Costa, Díaz, Pardo, Roncoroni, Facio y Núñez, se dan la mano para mantener latente el interés del lector amante de lo bueno.

Una primicia ofrece la Revista: dos capítulos de una obra del venezolano Miguel E. Pardo, titulada «Al trote», donde hace un estudio sobre París y sus escritores, dignos de llamar la atención, pues Pardo los ha hecho destilar con sus rasgos característicos y lo que son y lo que producen.

Digna es también la sección «Libros y periódicos», por el estudio minucioso que de cada publicación se toma el trabajo de hacer los directores de la REVISTA DE AMÉRICA.

Y lo demás que contiene es bastante para poder decir que este número de la Revista vale la pena de ser leído.—(*La Nación*)

—El Sr. Eduardo Reyer, distinguido escritor francés, residente en Buenos Aires, nos ha enviado el primer número de la REVISTA DE AMÉRICA, aparecido recientemente en la capital federal, bajo la dirección de los Sres. Rubén Darío y Ricardo James Freyre, á quienes consideramos como los iniciadores del *decalentamiento* en nuestro país.

Dicho periódico será defensor entusiasta de la nacional escuela literaria que en Europa reconoce por Jofas á Paul Verlaine, Maeterlinck, Huysman, Jean Moreas, Laurent Tailhade, Gómez Carrillo y otros escritores jóvenes que han abrazado la causa regeneradora con un entusiasmo rayano en delirio. (1)

El primer número de la REVISTA DE AMÉRICA contiene un bello y escogido material de lectura, tanto en prosa como en verso.

Han colaborado en él, además de los directores, Bartolomé Mitre y Vedia, Florentino Lobos, Brocha Gorda, Julián Martel, Victor Arreguine, Salvador Rueda y otros distinguidos escritores.

Eduardo Reyer, que en breve honrará las columnas de la *Revista Científica Literaria* con alguna de sus bellas producciones, también ha prestado su contingente al órgano del *decalentamiento*.

Modestos cultores de las ciencias y las bellas letras, expresamos nuestros deseos de que alcance muchos años de vida próspera el esforzado campeón de la novísima escuela literaria.—(*Revista Científica Literaria*, Córdoba.)

«Revista de América».—Nous avons reçu le 2e numéro de la REVISTA DE AMÉRICA.

Nous y remarquons quelques strophes tout à fait remarquables, signées Rubén Darío, une étude sur quelques jeunes poètes français, et quelques notes, pas toujours très exactes, sur certains de nos écrivains.

Nous aimons à constater, d'ailleurs, que ce numéro est très intéressant et qu'il promet beaucoup pour l'avenir de la jeune et brillante revue.—(*Le Courrier de la Plata*.)

La «Revista de América».—Nos hemos tomado el tiempo necesario para leerla con detención, antes de mencionar en estas columnas á la REVISTA DE AMÉRICA que edita en Buenos Aires nuestro distinguido co-redactor el Sr. Rubén Darío, en unión del Sr. James Freyre.

La impresión que produce el primer número es sumamente favorable. Salvo uno que otro pequeño lunar de un *decalentamiento* por demás exagerado, la Revista se exhibe completísima.

Es la manifestación seria de una empeñosa labor literaria: labor desinteresada, llena de abnegación y de sinceridad. «El arte por el arte», la vieja divisa del progreso literario en los últimos veinte años, es también el lema de la nueva publicación, que se presenta rica en material, interesante, con un tesoro de ideas originales y audaces.

En el primer número de la Revista han colaborado los Sres. Arreguine, Alemann, Brocha Gorda, Cothrean, Darío, Díaz, Ebelot, Gómez Carrillo, James Freyre, Julián Martel, Lobos, López Benedetto, Mitro y Vedia, Mosca, Reyer, Rueda.

He aquí ahora las pocas y hermosas palabras con que los editores de la Revista explican su alcance y significado:

Ser el órgano de la generación nueva que en América profesa el culto del arte puro, y busca la perfección ideal.

Ser el vínculo que haga una y fuerte la idea americana en la universal comunión artística.

Combatir contra los fetichismos y contra los iconoclastas.

Levantar oficialmente la bandera de la peregrinación estética, que hoy hace, con visible esfuerzo, la juventud de la América latina, á los Santos Lugares del arte y á los desconocidos Orientales del ensueño.

Mantener, al propio tiempo que el pensamiento de la innovación, el respeto á las tradiciones y la jerarquía de los maestros.

Trabajar por el brillo de la lengua castellana en América, y al par que por el tesoro de sus riquezas antiguas, por el engrandecimiento de esas mismas riquezas en vocabulario, rítmica, plasticidad y matiz.

Luchar porque precalezca el amor á la eterna belleza, tan combatido hoy por innumerables tendencias utilitarias.

Servir en el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América latina á la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española: con sus propios propósitos.—La Dirección.

Desearnos á la nueva Revista prosperidad cada vez más creciente, y una repercusión eficaz en los espíritus de América.—(*La Razón*, Montevideo.)

«Cantabile».—L'existence est l'esprit. Le temps manque ici pour songer aux choses de l'esprit. La politique, la bourse, les courses et le théâtre «par sections» absorbent tous les moments de l'existence, préoccupent tous les

esprits, accaparent toutes les intelligences. On lit peu les journaux; pourquoi lit-on les livres?

Pourtant il est produit ici et là, à quelques jours un événement littéraire qui mérite d'être signalé.

Deux jeunes gens, deux artistes, MM. Ruben Darío et Ricardo Jaimes Freyre, ont eu le courage, l'héroïsme de fonder une revue, la REVISTA DE AMÉRICA.

Tous les journaux ont consacré quelques lignes dans leurs « Faits Divers » à saluer la naissance de la nouvelle revue. Certes, c'était un succès, cela. Était-ce suffisant? Je ne crois pas.

Je n'ose pas me demander si l'œuvre de Ruben Darío et Jaimes Freyre sera durable. J'ai peur de trouver tout de suite la réponse. J'en ai tant vu paraître et disparaître de ces revues artistiques et littéraires!

Ce que je considère, ce que je trouve intéressant, ce qui me fait dire que la publication de la REVISTA DE AMÉRICA a été un véritable événement littéraire, ce n'est pas tant l'œuvre en elle-même que l'idée qui l'a fait naître.

Cette idée-là est éminemment française.

Bien qu'écrivant en espagnol.—l'espagnol le plus pur, le plus coloré, le plus chaud, le plus musical qui jamais, peut-être, soit sorti d'une plume américaine.— cela soit dit sans offenser le docte « Ateneo », son classique pontife, M. Oyuela et tout le régiment de ses fidèles adorateurs.— Ruben Darío et Jaimes Freyre, tout en conservant leur originalité propre, sont d'illustres élèves de l'école française moderne. Ils appartiennent à cette école qui a pour maîtres Moréas, Verlaine, Mallarmé, Charles Morice; à cette école qui, au milieu des huées des vieux classiques qui ne veulent pas se décider à mourir, travaille consciencieusement, avec foi et amour, au grand œuvre qui servira à la création définitive de l'art de demain.

Ils sont de cette école que l'envie et l'ignorance appellent l'école décadente.

Quel est donc ce décadentisme que les fondateurs de la REVISTA DE AMÉRICA cherchent à implanter à Buenos Aires?

Les décadents sont les Jeunes; ils sont l'avenir; ils sont tous ceux dans le cœur desquels chantent encore les douces illusions, qui permettent la possession de tous les cheveux et la jouissance de toutes les dents.

Ceux qui les attaquent, rappellent ce vieillard, dont parle le poète latin: *Laudator temporis acti*.

Il est très naturel que ceux-là ne goûtent ni les théories, ni les œuvres de la jeune école; les folies, les débâches de mots, de couleurs et de sons des décadents les irritent et les épouvantent. Avec des airs de prophètes malheureux, ils annoncent la fin de l'art. C'est très logique; lorsque naquit le christianisme, l'on entendit par les bois du vieux monde passer la grande et plaintive voix de Pan, annonçant la fin du paganisme. Pour les adversaires des décadents, l'art, le beau, réside uniquement en ce qu'ils ont vu et aimé, durant leur jeunesse. En leur désarroi, ils clament que l'art finit, que le beau se meurt.

La vérité ne meurt pas cependant. Seuls les individus passent et disparaissent.

L'art, immuable, éternel en son essence, se transforme petit à petit, en ses manifestations extérieures. Voilà tout.

Il est logique que ceux qui, en art, appartiennent au temps passé ne comprennent pas et ne veulent pas admettre ces transformations qui préparent un art nouveau.

Le souvenir est le rayon de soleil, qui réchauffe l'hiver de la vie. À mesure que les neiges des ans recouvrent les têtes de leurs blancheurs glacées, dans les cours renaisent les impressions du passé, plus vives, plus douces, plus aimées. Celui qui à l'école a appris à s'enthousiasmer classiquement pour la beauté rigide et froide de l'art classique; celui qui, venu plus tard au

monde, apprend à considérer l'univers, comme un vaste poème lyrique, qui a Dieu pour auteur et le poète romantique pour grand prêtre; ceux-là, n'admettront jamais les théories de l'art nouveau. Ne pas attaquer les théories de l'art nouveau, ne pas attaquer les décadents serait, pour eux, abjurer leur foi, renier leur passé, leur jeunesse, l'âge d'or de leur vie.

Le passé, est l'ennemi acharné de l'avenir. Avant un demi-siècle, les décadents d'aujourd'hui excommunieront les Jeunes d'alors.

Mais de là à donner aux décadents les doux noms de fous, de maudiques, d'emergimènes, la distance est grande.

Dans le monde moral, comme dans le monde matériel, la nature procède lentement, par des séries logiques de transformations.

La philosophie et la sociologie nous enseignent que toute époque en soi ne doit être considérée que comme une époque de transition. Rien de ce que nous voyons autour de nous n'est définitif. Dans les sociétés il n'y a que des moyens, des instruments destinés à changer tôt ou tard l'état des choses. Cette transformation une fois réalisée, les moyens, les instruments disparaissent d'eux-mêmes.

Le décadentisme aussi est un moyen, un instrument destiné à découvrir une formule nouvelle sur laquelle reposera l'art de demain. Mais il n'est que cela. Les critiques ont tort de voir en lui une doctrine définitive. Il est un moyen; il ne sera jamais un résultat.

Pour les classiques admirateurs de Ponsard, Victor Hugo était un décadent. Les admirateurs de Pradon ne comprennent pas Racine.

Si le chaos avait eu des témoins, Dieu eût été pour ceux-ci un décadent dangereux, puisqu'il s'avisait de changer l'ordre des choses.

En art, comme en politique, il n'y a réellement que deux partis, celui des conservateurs et celui des libéraux. Les premiers veulent rétablir le passé; les seconds luttent pour assurer la réalisation des promesses de l'avenir. En politique, les premiers donnent aux seconds les noms de révolutionnaires, d'ennemis de Dieu et de la patrie. En art, les premiers traitent les seconds de décadents.

C'est l'éternelle lutte des anciens contre les modernes, de l'Occident contre l'Orient, des ténèbres d'hier contre la lumière de demain.

En France, la lutte est engagée, depuis des années déjà, en peinture, en musique, en littérature.

La REVISTA DE AMÉRICA va représenter parmi nous l'esprit moderne, les nouvelles tendances artistiques.

Demander qu'on la lise serait peut-être exiger beaucoup. Qu'il soit permis au moins d'appeler l'attention sur son apparition et de dire ce qu'elle signifie et ce qu'elle veut.

Elle est et sera décadente à la façon des décadents français. Elle sera le coryphée des idées artistiques nouvelles, qui demain seront des dogmes.

Réussira-t-elle? Qui sait? Tout est possible.

Dans tous les cas le cri de guerre est lancé.

Quelqu'un l'entendra-t-il? Peut-être!

Quel phénomène bizarre! Ce pays-ci, si jeune en tout et pour tout, qu'il est vieux en fait d'art! Qu'il est poussif en littérature!

Lisez seulement des vers d'Oyuela. Vous verrez. En matière de critique, il a toute l'ampleur de vue de feu Boileau Despréaux.

Un seul avait la voix fraîche; un seul était jeune encore, malgré ses années: Guido y Spano. Il est là, hélas!

Et il ne reste plus que l'Ateneo pour représenter l'art. C'est trop, beaucoup trop; et ce n'est pas assez.

La REVISTA DE AMÉRICA, la revue décadente, la revue des jeunes vient combler un vide.

Son apparition était nécessaire.

JEAN HULDA

REVISTA DE AMÉRICA

QUINCENAL DE LETRAS Y ARTES

Oficina provisional: L. VALLÉ, 569

SUSCRIPCIÓN

Un mes.....	§ 1
» trimestre.....	» 3
» semestre.....	» 5
» año.....	» 10
Números sueltos.....	» 0.50
Interior, con un recargo del 20 %.	

Puntos de suscripción en Buenos Aires: Librerías de Espiasso, de Mocu, de Lajouane, de Mazzuchi, de Joly y de Escary.